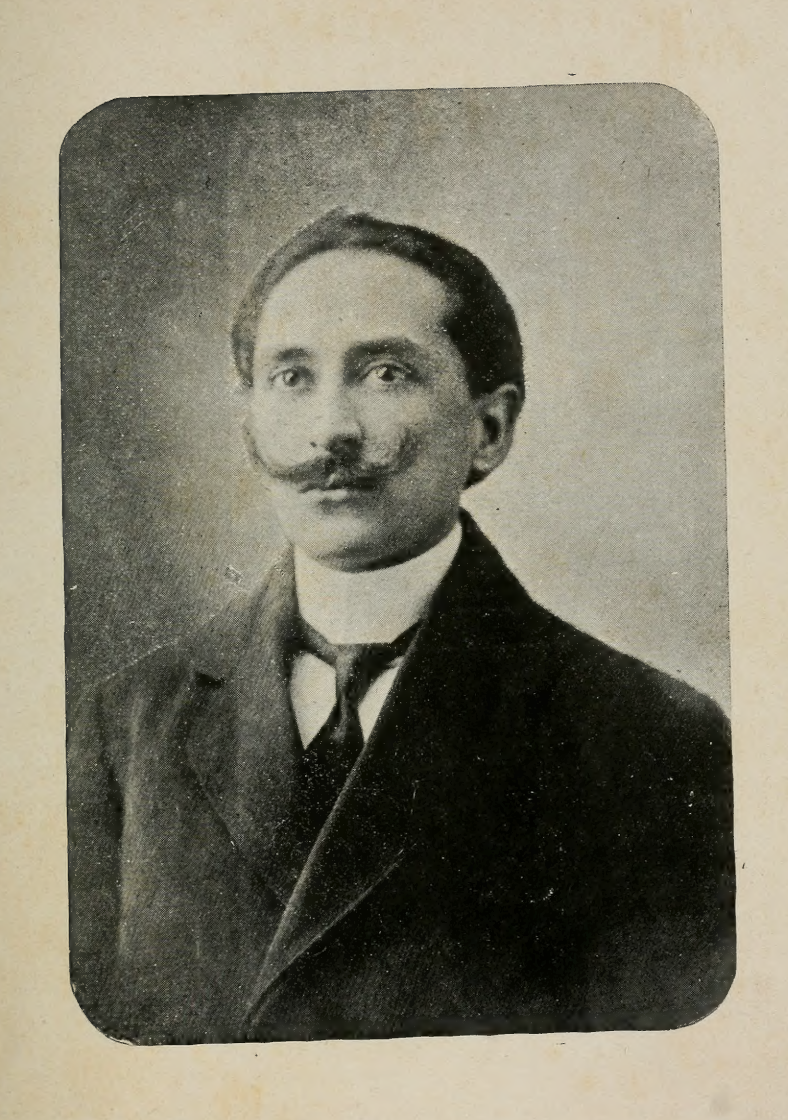

3 1761 07295447 2





MATEO SEGUNDO OLMOS

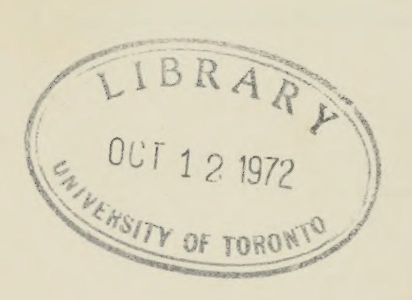


SOMBRAS BLANCAS

(POÉMAS)

¡ Sombra de Colón: fecundiza nuestra América !
¡ Sombra de los Próceres: alzáos sobre la Patria !
¡ Sombra de los Génios : difundid vuestras armonías !
¡ Sombra de las Vírgenes: sembrad vuestras primaveras !

CONTIENE:


LIBRARY
OCT 12 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Infanta Isabel - *Canto al Centenario.*
El Presidente Figueroa Alcorta - *Perfil histórico.*
Sombras Blancas - *Poémas.*

EN PREPARACIÓN:

La Vida - *Estudios filosóficos.*
Visión de la Vida - *Poéma simbólico.*
Odas Evales - *Poémas líricos.*
¿Génio ó Loco? - *Parábolas.*
Reflexiones estético-biológicas - *Crítica.*
El tenorio romántico - *Novela*
La caida de Baco ,,
Julieta y Argos ,,
Plegarias familiares - *Versos*

Á mis amigos y al Sol

Los que tenéis un pensamiento sincero para mí, aceptad este recuerdo, el latido más grato de mi espíritu.

Séres de mi sangre, con quiénes me he criado junto, y séres de los cuatro rumbos del mundo, con quiénes he marchado unido una parte de mi senda; almas gemelas de nacimiento, y almas gemelas encontradas en las infinitas encrucijadas de la Vida; corazones afines desde la cuna, — padres y hermanos míos, — con quiénes he compartido los rientes y dolientes vaivenes del Destino, y corazones afines hasta la tumba, — amigos y amigas mías, — cuyas ilusiones llevan el mismo derrotero de las ilusiones mías; alondras del Ensueño perdidas en la misma Inmensidad dónde la mía eleva su canto fervoroso; potestades vibrantes de gloria y de cariño, gentiles-hombres de la Patria y gentiles-hombres de la Mujer: mi sueño es vuestro sueño, mi amor es vuestro amor, mi anhelo es vuestro anhelo, mi civismo es vuestro civismo, mi orientación es vuestra orientación, mi ideal es vuestro ideal: por eso os dedico las visiones luminosas dónde mi alma suavizó sus desventuras...

* * *

¡Magnificencia del Sol, yo te bendigo: en el esplendor profundo de los cielos, y en la alegre inocencia de las flores, y en el canto vibrante de los pájaros, y en la alada sonrisa de las niñas!

¡Magnificencia del Sol, Padre Eterno de la Vida, Señor de la Alegría y de la Fuerza, Hércules de la Creación, Pontífice de la Luz: todo cuánto se infiltra de tu fluido divino, sonríe luminosa y armoniosamente, desde la modesta flor de las praderas hasta la caverna recóndita del alma!

¡Magnificencia del Sol, bálsamo ardiente de bondad y fortaleza, — de consuelo y de esperanza; Soplo viril y olímpico, aliento del Firmamento; Sávia invisible y cálida de la Tierra; fantástico Mancebo de los campos, dónde las siembras ondulan como mares; Protector Senécto de los parques, dónde los niños enfermizos juegan; Labrador Ancestral de los jardines dónde tiemblan de amor las niñas soñadoras; Gran Serenador, Gran Consolador, Padre Supremo, cuya luz viviente grita en los metales y en los vidrios, y se columpia como ondina en las corrientes turbulentas de los ríos, y se extiende magestuosa sobre el hielo sempiterno de las cumbres y la seda temblorosa de los campos, y rebosa blancamente de optimismo los balcones y las calles, y enardece de consuelo las murallas y los patios de las cárceles y hospicios; Hermano y Padre de todo lo viviente, cuyo beso viril sensibiliza los nuevares, y que en las regiones frígidas del Polo, dónde á penas se asoma como un fantasma milenario, silban las noches eternamente trágicas, y en los desiertos brumosos, murientes, siberianos, donde el cielo siempre solloza, es siniestro el vivir y la vida de un castigo....; Escudero Magnífico del Orbe, Custodio del Paraíso de las Niñas, que estallas en los pétalos ardientes de sus labios, y deliras en la seda de sus rizos, y ríes en el nácar sonrosado de sus uñas de alabastro; Sembrador Inagotable de Auroras y de Días; Modelador Maravilloso de Colores, cuando atraviesas el Azul, entibiando los antros helados del Espacio, — suntuoso como un Rey, sencillo y formidable como un Dios; ¡en el incienso irisado de mi lí-

rica, devuélvote una humilde imágen de los infinitos y claros tesoros que orfebrizas...!

* * *

Rubén Darío, el Príncipe de los Poétas Castellanos, cuya palabra se estremece paternalmente sobre la América Latina, llena de unción optimista y de cariño, y, sobre todo, sobre esta querida Patria nuestra, á la que tanto ama con gratitud y admiración, se ha ocupado con preferencia, no bien vibró su verbo en tierra argentina, de este torbellino de problemas que atañan á nuestros intereses trascendentales y morales, á nuestra finalidad prestigiosa y vencedora, á nuestra civilización, á nuestro super-progreso, á nuestro destino, en el concierto internacional de tantos espíritus preclaros; y su clarín armonioso ha ido de alma en alma, desinvernizando pasageros desengaños...

" Si, hay un considerable movimiento intelectual; y no " se nota porque lo cubre, porque lo envuelve, el amontona- " miento de las especulaciones, el tráfago naval, las noveda- " des del comercio, los asuntos fabulosos de las tierras, los " cálculos de las cosechas, las fluctuaciones de la Bolsa, las " Empresas Municipales, todo ello en vasto, en enorme, en " proporciones que sólo se han visto entre los norteameri- " canos; y así, al mejor ruiseñor no se le escucha si suena " la sirena de una usina."

" Así pasó en el Norte. Ya llegará el momento en que pa- " ra los reposos, se hará el trust del ruiseñor, del claro de " luna, de las cosechas ideales, y en que habrá dividendos " en el Pindo. Pues felizmente se está reconociendo ya que " el pensamiento como el trigo, como la alfalfa, es un valor."

" Si el movimiento actual del pensamiento argentino " se notase en otra república hispano-americana, llamaría

" con seguridad la atención; más aquí, como he dicho, queda
" apagado por lo mandito de las otras prácticas activida-
" des. Aún los diarios que respetan tradiciones de cultura
" tienen que atender preferentemente la copiosa información
" que el público crecido y cosmopolita reclama. El desen-
" volvimiento de las aficiones sportivas, el turf, modifican
" los fines literarios. Pero con todo, se produce, hay un cam-
" po de acción como no existe en ningún país de lengua cas-
" tellana. Y en días muy próximos la producción caracterís-
" tica se acentuará, habrá una literatura argentina como hay
" una literatura norteamericana, y sin que como allá, el
" nacionalismo sea rémora á la individualidad ni á la uni-
" versalidad."

...Ese es uno de los reflejos de sus visiones luminosas de Vidente. Tengamos fé. Esperemos. Tiempos propicios vendrán. Volverá, aún más formidable, la época de la Generación de los Ilustres. Día llegará en que fecunden las semillas arrojadas con desesperación ferviente, — que núnca son en vano ni las que el viento arrastra en el desierto crüel y estéril, dónde gime de amor la palmera solitaria... Como el más alto blasón de la Patria, tarde ó temprano triunfarán el Ideal y el Pensamiento, — la magnificencia del Alma. — Si el día menos pensado caémos en nuestro camino, tragados por la tierra madre, devorados por la Muerte, poco importa. Muchos viajeros enfermos del mismo mal divino, ungidos del mismo sacerdocio, siguen el mismo sendero. Mientras tanto, y siempre, iluminemos con el Ensueño nuestra vida, nuestros golpes, nuestros sombrios sufrimientos, como ilumina con su propia fosforecencia los tenebrosos abismos dónde la luz del sol núnca llega, esa fauna fantastica de los fondos del mar... Como el radioso Arcangel de la leyenda sacra, quebrantemos las tinieblas y busquemos ese mundo de dulzuras infinitas dónde la sonrisa de las vírgenes puras se difunde...

* * *

Son Ellas la levadura sacro - célica, sacro - olímpica, que transustancia todo el resto de la masa. El turbio carbón del mundo, llega en ellas al diamante. Hombres hay que han rodado por los más obscuros bajos fondos, — hombres que han bebido hasta la hez infernal ese escepticismo que contaminan las mujeres de alquiler; hombres que, más que la muerte, ¡anhelaron no haber vivido núnca...! Y un día, á la vuelta de una esquina, á la salida de un templo, viendo desfilar un corso, en un salón, en un viaje, en un pueblo lejano, jamás soñado en sus imprevistos derroteros, vieron una mujer alada, — el cielo en forma de mujer, — la mitad de su vida, — su vida toda, — la nueva vida de su vida muerta, — y desde ese momento se redimienron... Destílase en Ellas la esencia de todas las idealidades, la esencia de las Civilizaciones: perlas sensibles, flores armoniosas, ante cuyo altar levanta sus plegarias el semi - dios que se enarbola en la dignidad de todo hombre. Son religiosos, sin tener la tiesa mentecatería de las beatonas; son liberales, sin tener la antiestética desfachatez de las feministas, y hasta son ateas, sin tener la pavura espeluznante de las Furias... Cuando en los períodos tumultuosos de los pueblos, el común de los hombres deja de creer en Dios, por que ya no crée en los Ministros de la Iglesia, sigue creyendo en Ellas. Idealidad es romanticismo: en ellas es ser delicadas ,es tener el donaire sempiterno de la Aurora; en nosotros, es ser caballarescos. **La quimera de un romántico** *ha transformado desde el más alto peldaño del Poder la fisonomía política de la República. Nosotros, los del llano, debemos tener fé, poniendo todas nuestras fuerzas en nuestro esfuerzo obscuro...*

* * *

...¡Tormento de los mirasoles, embrigándose de sol; tormento de los ruiseñores, embriagándose de luna; tormento de los jilguerillos, embriagándose de aurora; tormento de

los picaflores, embriagándose de esencias; tormento de las tortolas, embriagándose de umbría; tormento de los zorzales, embriagándose de bosque; tormento de los cóndores, embriagándose de cumbre; tormento de las águilas, embriagándose de viento; tormento de las golondrinas, embriagándose de azul...!

...Ese fué mi tormento; luminoso tormento que ha acerizado mi vida, entrenándola para las estéticas y estoicas contiendas del Deber. Fueron causa de tan divino y dignificante martirio, — martirio de esteta, al fin, — niñas de varias regiones de mi patria. Por su gran refinamiento, las unas; por su belleza provenzal, las otras. Orgullo nacional, que por igual me enorgullece, por que en mi corazón no caben localismos enervantes. Fáltales, sin duda, á mis comprovincianas, como á las provincianas de más á dentro, el "chic" y la soltura parisinas de las niñas de los centros populosos; pero palpita en sus arterias la dulzura primitiva de mi tierra: que es fresa selvática en la ulúa, azúcar silvestre en la algarroba, y cariño hasta la muerte en sus pupilas... También reclaman el fervor justiciero de mi frase, las niñas de esta comercial Rosario; pueblo sano, jóven, fuerte, alegre y bueno; casi ingénuo en el sentido de los prejuicios sociales; flamante y luminoso, ¡aparición divina!, como sus hermanas itálicas de la era azul y helénica del Renacimiento, cuyas corrientes vigorosas influyen en mi mente como un trueno... Tiénese de Ellas un concepto erróneo en el resto tradicional de la República; pero básteles reflexionar que es ésta la segunda capital de la Nación, — núcleo de riquezas, imán de modas, centro de gran cultura, — y que por su gracia y su belleza y su impecable armonía, bien pudieran estar bajo el cielo dorado de la Grecia, lo mismo que sonrió la belleza auroral de sus abuelas bajo el cielo azul de Italia...

***

Esforcémonos por ser cada vez mejores. Marchemos hacia arriba. Busquemos el arrimo de su Virtud y su Pureza. Hagámosnos dignos de merecerlas, sin la intervención mancillante de un fin utilitario. Por vosotros, ciudadanos de mi Patria, canta mi verbo, desviviéndose por contrarrestar la influencia creciente de la atmósfera depravadora de los bajos barrios encanallados.

***

Preciso es ser fuertes y nobles. Preciso es dar con la propia savia nativa vigor á la nación. Miremos siempre bien alto y bien lejos. Tengamos un poco de voluntad hoy y otro poco de voluntad mañana, — que como en los graneros y en los aluviones, y hasta en la propia conformación geológica de la tierra, todo no es más que un eslabonamiento ascendente de energías pasageras, que por ser tales, nos parecen insignificantes y vulgares, mientras las vivimos. Tracémonos un rumbo. Entrenémonos para lo Mejor. Donde no haya Estética, y no haya Bondad, y no haya eternidad de Anhelo, no puede haber nada que sirva. Que nuestros ideales tengan el angelical anhelo de las golondrinas y no la pavorosa bajeza de las víboras...

Por cima de todas las asperezas de la lucha, seamos optimistas, armémonos de valor. El pesimismo es un suicidio psíquico que surge del desequilibrio entre la voluntad y el esfuerzo. Es una degeneración moral y un extravío antitrascendental; es el renunciamiento; es la cobardía; es el despecho de un alma vengativa, el rencor de un organismo falto de potencia y, en el mejor de los casos, la ceguera de un espíritu inexperto. La vida humana es una pequeña manifestación de la dinámica multiformidable del Universo. Todo gira, todo se

agita, todo sigue su carrera, y para resistir los vaivenes de ese torrente, de ese huracán inavasallable, necesario es ser un fuerte eslabón, y es preciso que cada uno se esfuerce por serlo, poniendo su voluntad bien encaminada en cada uno de sus actos. ¿Qué derecho tienen los que se abandonan á la ancestral absorción de sus bajos instintos, de reprochar á los que se elevan, precisamente por que la vida de éstos es un saldo ascendente de energías acumuladas, de acciones dignificantes y vigorosos empujes? Ya que la lucha es una ley ineludible, preparémonos para la lucha, confiados en que en cada hombre se levanta un Prometeo más que un lobo. Pero no olvidemos que todos los hombres somos más ó menos unas pobres criaturas, víctimas de nuestro mísero egoismo y nuestra pobre petulancia. Hay algo más fuerte que nosotros, — consecuencia lógica de nuestro transitorio pasaje por la tierra, — algo que nos oprime como una invisible montaña de hostilidades metafísicas, para luchar menos dolorosamente contra las cuales debiéramos ser más hermanos.

* * *

Admiro á los ambiciosos y soberbios: admiro las cualidades superiores de la Especie: el anhelo de ser cada vez menos opaco y más divino. No tener ambiciones, es ser un degenerado ó un salvage: es llevar una sangre que no ha empezado aún la ascension de la Montaña, ó que, sin bríos ya, se arrastra pesimista en el Abismo. No hay más términos extremos que la Soberbia y la Pusilamimidad. La Humildad es un simple acto de moderacion ó de buen tono; de ahí que la soberbia más olímpica se oculte casi siempre en una sencillez encantadora. Ser soberbio, es despreocuparse de las pequeñeces que nos semejan á las bestias: es aspirar á un mundo más sublime, es mirar con desprecio las vulgaridades y groserías.

...Enloquecido por la locura divina del Ensueño, alzo mi grito verbal, como gritan las notas en los himnos, como gritan las líneas en los bronces, como grita en los megalómanos rascacielos la mecánica: ¡todo el desbordamiento lírico, toda la épica pujanza, toda la ascensión de idealismo, todo el sublime desvarío, toda la ingenuidad radiante, toda la locura mística, con que el Hombre — pobre y formidable criatura pasagera, — abrillanta su sendero escalando con el alma el Universo!

* * *

Pueblo, obscuro Señor de la Energía, turbio mar de la fecundidad imperecedera: á vos también te dedico estas fulguraciones de mi estética. Si en los arreos políticos te he visto ingénuo — despreciable y compasible, — noble y sensible te he visto en las vibrantes Misas del Arte, en el Teatro, estremecerte como un niño, como un ave, como una cuerda eólica, y rugir de gozo, de celestialidad, de armonía, como un león acariciado por los ángeles, cuando el trino aterciopelado de las divas atraviesa la fronda temblorosa de la Música...

* * *

El Alma Verdaderamente Argentina, el fondo del Alma Americana, vibra en mi verbo. La nobleza de mi verbo, es la nobleza del alma de Mi Raza, aparentemente anarquizada por los vientos de todas las latitudes, en esta escrucijada de la Historia. Es ella el aura sagrada que tremola en mis cuerdas. Yo no soy nada más que un árpa anónima, — pasajera calandria del Destino, que muy poco tiempo vivirá bajo este cielo azul y blanco...

M. S. O.

Rosario de Santa Fé.
Primavera MCMXII

Pórtico del Dolor y de la Fé

Recuerdos y Lágrimas*

(Imitación á Bécquer)

A la carísima memoria de mi querido padre don Mateo Olmos.

I

Volverán los blanquísimos jazmines
De perfume el ambiente á embalsamar,
Y otra vez al llegar la primavera,
Bouquet de ellos se harán;
Pero aquéllos que el mundo abandonaron
En un infausto día de pesar,
Aquéllos que de veras nos amaron,
Esos no volverán . . .

II

Volverán las rosadas siemprevivas
Los campos con sus galas á adornar,
Y otra vez al cruzar aquéllos montes,
Mi triste recuerdo avivarán;
Pero aquéllas que mis lágrimas regaron
Y el sueño de mi padre guardarán,
Aquéllas que mis ayes arrancaron,
Esas no volverán . . .

---

* Por ser éstos los gritos de dolor más sinceros de una hermana mia, desbordados más de su corazón que de su lira, — pues ella no ha escrito núnca, no es una literata de oficio; por éso, por que siento sangrar en estos versos dolientes las tinieblas, que a mí también me tocan, les consagro la portada de este mundo del Anhelo y del Ensueño.

EL AUTOR.

III

Volverán los inviernos con sus noches
De nieve los campos á sembrar,
Y al llegarme el invierno de la vida,
Mis cabellos blanquearán;
Pero aquellos momentos de ventura
Que en la infancia solíamos pasar,
Ignorando las hieles de la vida,
Esos no volverán . . .

IV

Volverán los blanquísimos boyeros
Por los bosques sus nidos á colgar,
Y rompiendo el silencio de los montes,
Dulces trinos dirán;
Pero aquellos sencillos campesinos,
Que llorando solíanse abrazar,
Sintiéndolo morir al que lo amaban
Ya núnca cantarán . . .

V

Volverán las sonrisas de otras horas
Mis labios quizás á dibujar,
I talvez entre el mundo y sus bulicios
Mis penas seguirán;
Pero aquella negra noche de mis penas,
En que el monte llegóme á consternar,
Al oír el lamento de aquel pájaro,
Jamás se borrará . . .

VI

Volverán las amargas decepciones
De mi vida su pagina a nublar,
Y otra vez más crüeles, mas amargas,
Las horas pasarán;
Pero firme y serena mi conciencia,
Sometiendo a mi fe la tempestad,
Mitigando mis penas con mi creencia,
Creyente esperará! . . .

Maximina Olmos de Gimenez

Triunfo de las lágrimas

A mi madre y mis hermanas.

Perlas sagradas del mar de la vida,
Lágrimas dulces que brotan tranquilas,
Oceanizando las hondas pupilas,
Al debatirse la aurora perdida . . .

Noche del grito de las amarguras
¡ Ronco clamor de los mares del alma !,
Os deshacéis en divinas y puras
Gotas de cielo que engendran la calma.

Hay en las lágrimas visiones bellas,
Caras amigas que nos tranquilizan,
Blancas visiones de castas doncellas:
¡ Almas de lirio que nos süavizan . . . !

Mientras las penas complótanse impías
En derribar los ensueños radiantes,
Brotan los hilos de mil melodías,
Bajo la forma de santos diamantes;

Santos diamantes que corren templados,
Cual insensible cloral que adormece,
Y despejando los negros nublados,
Vuelven al alma la luz que fenece . . .

Como renace la luz de la aurora,
Transfigurando la noche profunda,
Nace de nuevo la paz redentora,
Que con su sol de bondad nos inunda!

¡Quejas del alma!, sois pues pasajeras
Negros nublados que pasan huyendo,
Tras de los cuales descienden trayendo
Palmas tranquilas las blancas viajeras . . .

Corona de rimas

Sobre el ataúd de Laurita.

Un lirio sagrado pasó por la vida,
Dejando en las almas recuerdo perenne,
Humilde como una violeta escondida . . .
Fulgente como la Custodia solémne!

Fué breve su paso, ¡ fugaz peregrina!
Radiantemente breve, cual exalación,
Más será imborrable su estela divina,
Cual la estela excélsa de la Resurrección!

La vida del lirio y la vida del astro
Con distancias distintas señalan su fin . . ,
Pero de uno y otro infinito es el rastro,
Porque símbolo de ambos es el querubín!

Las lágrimas brotan como terrenales
Diamantes tristes, que el dolor ensancha;
Los ángeles bajan como celestiales
Pájaros blancos que custodian su marcha . . . !

Córdoba — MCMVIII —

La muerte del proscripto

A la memoria de mi padre.

I

Como el roble que en las selvas seculares se derrumba,
Alarmando con su caída la callada inmensidad,
Se ha tronchado el solitario, y el misterio de la tumba
Por los páramos dilata su siniestra soledad . . .

II

Y en el mundo aquél, repleto de inocencias virgilianas,
Se ha mezclado al de las gentes el gemido del lebrel:
. . . No el tañido sacrosanto de las fúnebres campanas,
Con que al alma se despide en la simbólica Babel.

III

Y cual lloro de los manes, en el monte ha resonado,
Más doliente que otras veces el lamento del "crispín",
Traduciendo la quejumbre y el dolor inconsolado
De ese mundo misterioso que se pierde en el confín . . .

IV

Balanceándose cual una blanca sombra atormentada,
Alejada de la copa del negrísimo ciprés,
Apegada á su querencia, vaga su alma desdichada,
En el sitio obscuro donde llora el pájaro montés.

V

Siempre en lucha con los fuertes, infelices amparando,
Convertido en ocasiones en temible tempestad,
Cruzó el valle de esta vida como el ínclito Rolando,
Que en la noche de los siglos alza su alta voluntad!

VI

Es por éso que las gentes, los pasivos campesinos,
Lloran tristes la partida sin retorno del que fué,
Y atisbando premurosos el blancor de los caminos,
Créenlo ver volver de nuevo,¡ con su más ingénua fé!

VII

Solitario: con la insignea de tus penas atestiguas
Que supiste ser más fuerte, mucho más que el vil Dolor,
Con el temple honrado y firme de las épocas antíguas,
Blasonando tu calvario con el yelmo del Honor.

VIII

Preferiste al servilismo las rudezas del arado,
Los sudores del trabajo, las penurias del vivir,
El vivir de Cincinato, — viejo bíblico y honrado:
¡La altivez que desafía las espinas del sufrir!

IX

No anhelaste el Cementerio, dónde sueña funerario
El mundano triste sauce, melancólico, llorón,
Sinó el páramo tranquilo, bajo el árbol solitario,
Dónde duermen los leones y se oculta el aquilón;

X

Allá dónde se columpian, rebosantes de misterio,
Centenarias arboledas requemadas por el sol;
Alejado de los muertos, que en el vasto cementerio
Se estremecen suplicantes bajo el báculo de Dios . . .



EPIFONEMA SACRO

BABY*

IN ETERNAM MEMORIAM

Á SUS PADRES

Per mí se vá l'Eterno Paradiso...

Pura como las albas del Paraíso,
Vives en mis ensueños celestiales. —
Pura como las albas del Paraíso . . .

Vives en mis ensueños celestiales,
Como un santo reflejo de María. —
Vives en mis ensueños celestiales . . .

En un mundo de eterna melodía
Armonizas tu voz con los querubes. —
En un mundo de eterna melodía . . .

Como un ténue fulgor de blancas nubes,
Tu sagrada memoria llena el mundo. —
Como un ténue fulgor de blancas nubes . . .

---

* Cariñoso apodo con que la distinguía la alta sociedad porteña.

Más, humano, con vértigo profundo,
Transido de dolor, por tí he llorado . . .
. . . .

Te he llorado, Inesita, te he llorado,
Por que es propio del hombre el sentimiento. —
Te he llorado, Inesita, te he llorado . . .

Pero, fuerte de nuevo, el pensamiento
Se remonta bañado en tu pureza . . .
. . . .

Se remonta radiante de firmeza,
Cual la clara firmeza del diamante . . .
. . . .

Por que es luz visional del caminante
La adorable memoria de las santas . . .
. . . .

Esa luz celestial con que levantas
Mi cansancio de rudo peregrino . . .
. . . .

Como el áureo lucero matutino
Mitigando los males del boyero, —
Como el áureo lucero matutino . . .

Tu inocencia, ¡ más casta que el cordero !,
Purifica el ideal de mi existencia,
Tu inocencia, ¡ más casta que el cordero . . . !

Cual las flores brindándonos su esencia,
Tú nos brindas el alma inmaculada, —
Cual las flores brindádonos su esencia . . .

Alma noble, .dulcísima, sagrada.
¡Corazón generoso de matrona!
Alma noble, dulcísima, sagrada . . .

El cariño del mundo te corona
¡Generosa piedad del desvalido!
El cariño del mundo te corona . . .

¡Piadoso calor del aflijido
Huerfanito punzado por el frío!
¡Piadoso calor del aflijido . . .¡

Como gotas llorosas de rocío
Te reclaman los huérfanos sin madre. —
Como gotas llorosas de rocío . . .

Extrañando el cariño de la Madre.
Te reclaman, ¡sedientos de ternura!
Extrañando el cariño de la Madre . .

Y la miel celestial de tu dulzura.
Que ha quedado flotando en su memoria . . .
. . . .

Como un bálsamo etéreo de la Gloria.
Que cual claras ofrendas les envías . . .
. . . .

Y el rumor de doradas armonías
Que suavizan los golpes de su vida. —
El rumor de doradas armonías . . .

Cual estrella de luz inextinguida.
Tu fulgor diamantino resplandece, —
Cual estrella de luz inextinguida . . .

Claridad sideral que se estremece
Como el soplo de Dios sobre la tierra . . .
. . . .

Noble y regio panal que tu alma encierra
Prodigando la miel de tus bondades . . .
. . . .

Mitigando las rudas tempestades
Que fustigan voraces nuestra frente . . . !
Mitigando las rudas tempestades . . . !

Como eleva sus preces el creyente,
Yo te rezo adorantes oraciones . . .
Como eleva sus preces el creyente . . .

¡ Dulce perla del mar de otras regiones . . . !
¡ Casta virgen, hermana de los lirios . . . !
. . . .

Fervoroso murmuro mis delirios,
Como un leve consuelo de mis penas . . .
. . . .

Refrigerio que alivia las cadenas
Que los rudos contrastes me deparan . . .
. . . .

Más, ¿qué pueden los males, si me amparan
Tus preclaras virtudes diamantinas . . . ?
. . . .

¡ Sálve, niña divina que iluminas
Desde el reino bendito de lo Eterno . . . !
¡ Sálve, niña divina que iluminas . . . !

¡ Sálve, sacra doncella de lo Eterno,
Que cual arco auroral te levantaste . . .!
¡ Sálve sacra doncella de lo Eterno . . .!

¡ Sálve, arcángel terreno que cruzaste
Como un breve mensaje de los cielos . . .!
. . . .

¡ Que cruzaste escudándote en los velos
De un pudor sacrosanto que edifica . . .!
. . . .

¡ Sálve, virgen, tu voz nos purifica
Con el albo rumor de su armonía . . .!
. . . .

¡ Difundiendo sutil melancolía
Como el canto del ave selenaria . . .!
¡ Difundiendo sutil melancolía . . .!

¡ Absorber tu purísima plegaria
Anhelara, mi vírgen peregrina . . .!
¡ Absorber tu purísima plegaria . . .!

¡ Superando á la fuente cristalina,
Tu plegaria sutil abreva el mundo . . . !
¡ Superando á la fuente cristalina . . .!

¡ Te venero con ánimo profundo,
Angel Santo de verbo cariñoso . . .!
¡ Te venero con ánimo profundo . . .!

¡ Mirlo excélso de porte primoroso,
Tu blancura es más blanca que el armiño . . .!
¡ Mirlo excélso de porte primoroso . . .¡

¡ Reviviente, enaltece mi cariño
Tu suntuosa beldad de dulce estrella . . . !
¡ Reviviente, enaltece mi cariño . . . !

¡ En las almas burílose tu huella,
Fina flor sacrosanta de mi huerto . . . !
¡ En las almas burílose tu huella . . . !

¡ Tú no has muerto, Inesita, tú no has muerto . . . !
¡ Vives en los ensueños eternales . . . !
¡ Tú no has muerto, Inesita, tú no has muerto . . . !

¡ Vaga por los senderos terrenales
Tu sonrisa más dulce que un ensueño,
Trasportando, cual célico beleño,
Hácia un mundo de ensueños celestiales . . . !

Buenos Aires — MCMXI.

Las Niñas

¡Ave, Eva!
¡Ave, Vénus!
¡Ave, María!

A los padres

I

. . . Son el símbolo viviente de la dulce Primavera,
Dónde el alma de los cielos cristalina se descubre:
La inocencia luminosa que en los lagos reverbera,
La sonrisa omnipotente que estremécese en Octubre . . .

II

Víctor Hugo, padre eterno de los símbolos grandiosos,
Les consagra los fervores de su angélica pasión,
Y al mirar entre los siglos los tesoros prodigiosos
Que se ocultan en el nido de su pecho, piensa en Dios . .
. . . .

III

Cuando nacen, son un ángel de sonrisas infinitas,
Un capullo de ternura revolviéndose en la cuna.
¡Sus manitos! ¡Sus deditos! ¡Sus uñitas chiquititas!
¡Adorables avecitas escapadas de la luna . . .!

IV

Ríe el alba de la Vida, como el alba primitiva,
Protegiendo su sedosa transparencia de alabastro,
Y fulguran en el lecho, como lámpara votiva,
Con el brillo milagroso y enigmático del astro.

V

Cuando juegan, son los mirlos infantiles que á toda hora
Cristalizan de alegría las paredes del Hogar:
El aliento diamantino y sempiterno de la Aurora,
Que despierta en sus almitas el anhelo de jugar.

VI

Como un sueño de otro mundo pasan esas alegrías
Para el alma de los séres que entre el vértigo se arrojan:
Siempre alegres, ¡ siempre niñas !, florecidas de armonías,
Balsamizan nuestras penas con las flores que deshojan.

VII

Cuando ríen, con su risa virginal nos ennoblecen,
Con el cúmulo de cielo que atesórase en su sprit:
Ante el ángel, los designios más bastardos se estremecen . . .
¡ Ante el alma poderosa que se estucha en un biscuit !

VIII

Como un hábito de aurora, su gentil coquetería
Se difunde dónde luchan las Tinieblas y la Luz
Bajo el plomo doloroso de voraz melancolía,
Y enarbolan en las almas vastos párrafos de azul.

IX

Con sus trinos aurorizan los brumosos derroteros,
El oleage turbulento y laberíntico del mundo,
Y sus trinos, más sublimes que el cantar de los jilgueros,
Comunican nuevos bríos con su espíritu profundo.

X

Cuando pasan, nos sugieren la visión de las vestales, —
Todo el poéma de virtudes que en las vírgenes se encierra:
¡Las heroínas siempre puras de los sueños inmortales!
¡Deslumbrados, olvidamos las miserias de la tierra . . . !

XI

Como flores sempiternas de magníficos jardines,
Que se asoman á la Vida cuando Vénus gentil arde,
Escoltadas por un coro de invisibles serafines,
Embalsaman la penumbra ruborosa de la tarde.

XII

Balanceándose en la onda fugitiva de la brisa,
Cual el alma de las flores hecha un pájaro auroral,
Van sembrando el Evangelio juvenil de su sonrisa,
Endulzando la Existencia con su luz primaveral.

XIII

Cuando alegres se pasean, imprimiendo leves huellas,
E improvisan ondulantes marejadas de vergel,
En el alma dejan algo de candor de las estrellas:
Una dulce nostalgía de azucenas y de miel . . .

XIV

Cuando sueñan, es un mundo de universos inefables
El anhelo ultraterrestre que domina su ilusión;
Es el vuelo á las regiones sacrosantas y adorables:
Su primera y más eterna, — su alba y célica visión.

XV

Y cuando aman, las circunda la blancura del armiño
Y la etérea y diamantina transparencia del cristal,
Y es sagrada su inocencia, fiebre pura su cariño,
Y es santuario sacrosanto su albo y púdico cendal.

XVI

Es por éso que con ellas fraternizan los azahares,
Traduciendo la blancura sin mancilla de su amor,
Y en el tráfago del mundo, borrascoso cual los mares,
Es emblema de pureza y sacro lirio, su pudor.

XVII

Todo blancas como soles, fulgurantes y divinas
Trasluciendo tras celestes resplandores su pasión,
Adelántanse las novias . . . ¡ Temblorosas golondrinas,
Que sonriendo candorosas nos sugieren la Ilusión!

XVIII

Blancos tules, flores blancas, blancas aves, blancos sueños,
Cual delirio de querubes, cual enigma paraisal,
Luminosos las circundan, endulzando los ensueños
Que ennoblecen la existencia con la fuerza del Ideal.

XIX

Inefables como niños, nos bendicen con sus goces;
Misteriosas como magas, diafanizan los nublados . . .
Es su sombra la promesa inmarcesible de los dioses:
¡ La frescura ultraterrestre de los árboles sagrados . . . !

XX

En un bálsamo su gracia, joya excelsa su hermosura:
¡ Blancas hadas que conciertan el Paraíso Secular!
Noble paño su civismo, miel sagrada su dulzura:
¡ Las vestales de la Patria, las palomas del Hogar!

XXI

Cuando cáen . . . ., engañadas por innobles criminales,
Ocultando en los rincones su vergüenza y su dolor,
Los azahares se marchitan y se velan los cristales,
Y sus lágrimas gotean torturadas de pudor.

XXII

Ave herida por el plomo traicionero de la suerte,
Se horroriza cuando mira profanada su pasión,
Y entregándose sin bríos al delirio de la muerte,
Como el pájaro en el bosque, se refugia en la oración . . .

XXIII

Más, si mueren para el mundo bajo el látigo maldito
Que se ensaña con tan débil é inafable mirlo azul,
Los autores de sus días las perdonan dando el grito
De cerrojos que se ablandan, por que en ellas todo es luz.

XXIV

Luz que se hunde en las entrañas de los días y los años,
Luz alada y primorosa que ennoblece el Sentimiento,
Luz que cura las heridas de espantosos desengaños,
Luz y música divina que agiganta el Pensamiento!

XXV

Las perdonan, recordando los instantes deliciosos,
De sus mimos, de sus risas, de sus quejas, de sus trinos . . .
¡Siempre dulces, siempre tiernas, como sueños luminosos,
Como sueños de otros mundos, paraisales y divinos!

XXVI

Y al mirarlas desgraciadas, bajo mórbido marasmos,
Recorriendo entre sollozos los senderos de la Vida,
Bajo hostiles menosprecios, bajo impúdicos sarcasmos,
¡Es para ellos, más que nunca, la sin par hija querida!

XXVII

Cuando lloran, enmudece la alegría de la casa,
Desfallecen los jardines y en dolor el alma se hunde,
El santuario de su alcoba de tinieblas se rebasa
Y cual pájaro de sombra por los patios se difunde.

XXVIII

Cuando mueren, las envuelve blanca túnica estelaria
Y se elevan á los cielos entre un cántico triunfal . . .
De las almas y las flores se levanta una plegaria . . .
¡Desde Allá siguen reinando como un símbolo inmortal . . . !

XXIX

No los fúnebres crespones, ni los túmulos sombríos
De las vidas que probaron del vivir la amarga sal,
De las vidas que semejan torrentosos turbios ríos, —
Sinó el lecho blanco y grave como un tálamo nupcial.

XXX

Como mirra sacrosanta de inefables incensarios
Que la novia ideal reclama, como altar á su memoria,
En la jaula abandonada pían tristes los canarios,
¡Y fervientes continuamos adorándola en la Gloria . . . !

XXXI

Y en las horas desoladas que nos vence la amargura,
Bajo un cielo nebuloso como un vasto palio gris,
Cual un pájaro radiante nos sonríe con dulzura,
Semejante á la sagrada blanca sombra de Beatriz . . . !

. . . .

XXXII

. . . Bendigamos las virtudes de la ideal sacerdotiza,
Entre cuyas manos puras los inciensos se consumen;
Vírgen - cielo, que en el alba su visión inmortaliza:
¡Tibio mármol dónde todas las blancuras se resumen!

XXXIII

¡Bendigamos la sonrisa de la riente golondrina,
Que en el tráfago del mundo vá sembrando primaveras,
Aclarando las tinieblas con su risa cristalina:
Realizando en los instantes las soñadas Nuevas Eras . . . !

XXXIV

¡Bendigámoslas, como estetas, su aureocélica elegancia!
¡Criollas blancas, politérreas, de la América del Sud!
¡Anglo-rojas, las del Norte! ¡Mademoiselles de la Francia!
¡Signorinas de la Italia! ¡Princesitas de Stambul!

XXXV

¡Rubias grácile̲s de Viena! ¡Misses finas de Bretaña!
¡Lírios lívidos del Norte! ¡Graves rubias de Berlin!
¡Magas vírgenes del Asia! ¡Rosas cálidas de España!
¡Musmés pálidas de Oriente! ¡Hadas mágicas sin fin . . . !

XXXVI

Hasta el cielo más lejano luce dulces lirios de oro,
Una iglesia los poblados, tierra verde la campiña;
En el páramo más triste canta un pájaro sonoro
Y en el seno de los lares más humildes una niña . . .

XXXVII

Rebosando el mundo entero, vibra su hálito embriagante,
Que la vida magnifica, matizándola de gala:
Todas dulce luz derraman: en las urbes la elegante,
Y en las rústicas campiñas la pletórica zagala

XXXVIII

Desde el cielo de sus ojos se desprende su ternura,
Protejiendo los gatitos, las perritos, los niñitos,
Como gotas de agua pura se derrama su dulzura . . .
¡Madres puras y vehementes de sus propios hermanitos!

XXXIX

Cuando, trágicos, los males de tristeza el alma velan,
Cuando brota entre las almas la ponzoña del rencor,
Inefables, formidables, cariñosas se desvelan,
Suavizando los rencores con la lumbre de su amor.

XXXX

Cuando todo se ensombrece, cuando lloran las esposas,
Cuando callan las criaturas, cuando tiembla la Confianza,
Insinuándose con llanto, se difunden silenciosas,
Como el iris milagroso de los Arcos de la Alianza . . .

XXXXI

¡ Oh, las niñas inmortales que nos llegan hasta el alma !
¡ Oh, la mística paloma que acaricia nuestros sueños !
¡ Sombra alada y cariñosa que, celeste, nos ensalma !
¡ Diosa Excélsa del sagrado Blanco País de los Ensueños !

XXXXII

¡ Son la esencia de las Flores ! ¡ Son la música del Ave !
¡ El misterio de los Astros, tras la seda de su velo !
¡ El dulzor de la Ternura, con su bálsamo süave !
¡ Son las Guardias de la eterna Puerta Angélica del Cielo !

XXXXIII

¡ Son las Magas misteriosas, cuya luz el alma dora,
Atizando el sacrosanto pebetero del Amor !
¡ Son el Alma que Dios puso dentro el alma de la Aurora !
¡ Las columnas del grandioso Templo Eterno del Honor !

Epitalamio

Tálamo sácro y solémne que consagráis su destino,
Fulgurad perpetuamente, para clarear su camino . . .

*

Nido de blancos azahares, ábre tu seno bendito
Y acoje á dos almas ébrias, ébrias de amor infinito . . .

*

Almas aquí congregadas, manteneos siempre en coro,
Amamantando los soles de este bello día de oro . . .

*

Padres, hermanos y amigos, unid vuestros corazones
En un haz tierno y celeste de amistades y oraciones . . .

*

Puerta del hogar, sagrada, que siempre sonría tu hoja,
Irradiando la alegría que la ventura deshoja . . .

*

A tí, simpático amigo, sabémoste noble y fuerte:
¡Hombre de luchar con brios entre el vaivén de la suerte . . !

*

Que tu sombra blanca, ¡oh novia!, se levante como un faro
Para el barquero animoso que busca tu dulce amparo . . .

*

Y que amalgamados por un cariño tierno y profundo
Crucéis felices y fuertes la senda ruda del mundo . . .

*

Y que aquel instante de amor, aquél de la vez primera,
Sea la simbólica flor de una eterna primavera . . . !

— —

Epifonema ninfálico

A Leopoldo Lugones, — autor
de las *Montañas del Oro*

Una tarde, ¿recuerdas?, una tarde . . .
Penetraron tus ojos en mis ojos, —
Una tarde, ¿recuerdas?, una tarde . . .

*

Penetraron tus ojos en mis ojos,
Como un áureo misterio de promesas, —
Penetraron tus ojos en mis ojos . . .

*

Desde entónces, constante, me embelesas
Con tu dulce candor de colegiala, —
Desde entónces, constante, me embelesas . . .

*

Y medito, embriagándome, en la gala
De tus tibios primores venusinos, —
Y medito, embriagándome en la gala . . .

*

Tus encantos astrales y divinos
Iluminan mis férvidos desvelos . . .

. . . .

*

Cuando en sueños te veo envuelta en velos,
Trasluciendo tus formas virginales . . .
. . . .

*

En un mundo de ensueños musicales,
Dónde vago con ánimo inseguro, —
En un mundo de ensueños musicales . . .

*

Como claras cascadas de oro puro
Se destrenzan alados tus cabellos, —
Como claras cascadas de oro puro . . .

*

Y me ciegan tus vívidos destellos
Y tu cuerpo más blanco que el armiño . . .
Y me ciegan tus vívidos destellos . . .

*

¡ Sólo tú has comprendido mi cariño,
Mi cariño insondable, atormentado . . . !
¡ Sólo tú has comprendido mi cariño . . . !

*

¡ Mi cariño recóndito y sagrado !
¡ Mi cariño sagrado y luminoso !
¡ Mi cariño recóndito y sagrado !

*

Y anhelara poseerte prodigioso
En un mundo de ensueños insondable. —
Anhelara poseerte prodigioso . . . !

*

Dónde luzcas tu mímica inefable . . . !
La que al aura cordial sutíl le imprimes, —
Dónde luzcas tu mímica inefable . . . !

*

Y ascender á los ámbitos sublimes,
Escuchando tus cánticos süaves, —
Ascender á los ámbitos sublimes . . . !

*

¡Y ocultarte en la Selva de las Aves,
Como el tigre que oculta una gacela . . . !
¡Ocultarte en la Selva de las Aves . . . !

*

En la Selva Encantada dónde vela
El fulgor de los faunos y las ninfas . . .
. . . .

*

Y formar, cual las garsas en las linfas,
De sedosos ensueños nuestros nidos . . .
. . . .

*

¡Nuestros labios ardientes siempre unidos . . . !
¡Tras un beso, otro beso y otro beso . . . !
¡Nuestros labios ardientes siempre unidos . . . !

*

¡Nuestros ojos cegados de embeleso,
Como llamas de incendios celestiales . . . !
¡Nuestros ojos cegados de embeleso . . . !

*

¡ Nuestras almas cirniéndose inmortales,
Como estrellas que marchan compañeras!
¡ Nuestras almas cirniéndose inmortales . . . !

*

¡ Y vagar en un mundo de quimeras,
Murmurando, aturdido, mil delirios . . . !
¡ Y vagar en un mundo de quimeras . . . !

*

¡ Y cubrirte de besos y de lirios,
En un fuerte torrente de caricias . . . !
¡ Y cubrirte de besos y de lirios . . . !

*

¡ Y morir bendiciendo tus delicias
Y el primor de tus formas virginales,
Recibiendo tus cándidas caricias,
Bajo un cielo de nimbos aurorales . . . !

———

Oda á la Argentina

A la memoria de Pellegrini y Emilio Mitre.

A los Doctores Roque Saenz Peña y Luis María Drago.

I

.. Montes... montes.., vastos montes, se prolongan infinitos.
Bajo el ála misteriosa y sempiterna del Gran Dios:
Sólo se oyen de los indios, los huraños, negros, gritos:
Casi intacta, primitiva, se estremece la Creación...

II

Pasa el Sol por las alturas, al azar abriendo días,
Deslumbrando las pupilas tenebrosas con su luz;
Pero faltan la salvage, las supremas energías, —
Patrimonio de los hombres de auroral pupila azul..

III

En la tierra de los Blancos, el Dolor se tantaliza,
Aguzando los tormentos de su máquina infernal:
Como un balsamo argentino, que los sueños tranquiliza,
De los Mares se levanta la Visión Occidental...

IV

Desafiando los terrores, desafiando las injurias,
Desafiando los horrores del antiguo Más Allá...
El Gran Loco visionario, más potente que las Furias,
Halló al fin de su calvario nuevas tierras de Jehová . . .

V

... Pudo al fin cumplir su sueño de gallardo Visionario,
Para quién astral se alzara, protectora como una Hada,
Suavizando sus cadenas de Vidente Legendario,
La sonrisa sacrosanta de Isabel, la Insuperada . . .

VI

Tras la huella del Gran Mago se desatan los torrentes
De hombres ávidos de vida, de hombres ávidos de pan,
Y comienza la epopeya de los ánimos ardientes,
Desbordada en implacable, formidable, tempestad.

VII

No son hombres los que luchan: son un Mundo y otro Mundo:
El Oriente y Occidente, combatiendo con tesón:
Impertérrito el Hispano, con su génio sin segundo;
Implacable el Aborigen, inyectado de rencor.

VIII

Más soberbios que los vientos, más temibles que las lanzas,
Más audaces que el Destino, su energía se desata,
Y tras foscos laberintos, ven sonreir sus esperanzas,
Ante el brillo prodigioso de la ideal visión del Plata...
. . . .

IX

Han cesado los combates; han triunfado los más fuertes . . .
Los rebaños Conquistados se someten al Dolor,
Bajo un sino tenebroso de lamentos y de muertes;
Los más pocos, en el Bosque, se rebelan con furor.

X

Después viene el servilismo de las negras Encomiendas,
La Era triste del Esclavo, sin Amor, ni Caridad,
La Era amarga de las sordas, de las trágicas leyendas,
Dónde eleva el Misionero su estandarte de Piedad.

XI

Tiempos tristes, tiempos negros, esos tiempos coloniales,
Doblegados bajo el plomo de infernal esclavitud, —
¡Extirpados, con el tiempo, por los gritos inmortales
De los Manes sublevados de la América del Sud!

. . . .

XII

En el ánimo del Pueblo, luz olímpica fermenta
Y prolonga en los espacios sus fulgores como el Sol:
Aclarando las conciencias con sus fuegos de tormenta,
En el férreo Sol de Mayo sintetiza su Pasión...

XIII

¡Toda América se inflama! ¡Toda América guerrea,
Persiguiendo el pan sagrado de la alada Libertad!
!Y la sangre sacro-heroica de los mártires gotea,
Afianzando para siempre su radiante pedestal!

XIV

Sobre todo el Continente se levanta como un vuelo
De centauros, la pujanza de los nobles Salvadores,
Resonando como un trueno sobre todo el vasto suelo
Redimido por las sangres y los bélicos sudores.

XV

En el trance de esas horas, dónde su alma Marte vierte,
No latieron los instintos criminales de matar:
¡No la guerra por la guerra, no la guerra por la muerte,
Sino el noble sacrificio por la Santa Libertad!

XVI

¡Argentina! ¡Siempre noble, defendiste á tus hermanas,
Por el génio de tu ilustre, de tu santo San Martín!
¡Que para El resuenen siempre las más áuricas campanas
De la América Latina, de los Siglos hasta el fin...!

. . . .

XVII

Como un ogro de Tinieblas efervece la Anarquía,
Convirtiendo las Provincias en un Círculo Infernal;
Ponzoñada de ambiciones sin igual, la Tiranía,
Sangra el suelo de la Patria con su férula mortal.

XVIII

Prepotente, la Mazorca vuelca su olla de tinieblas,
Arrastrando á los Ilustres al calvario del Destierro;
Bajo el cielo de la Patria, sofocado por las nieblas,
Mármol lanza al Gran Tirano sus apóstrofes de hierro...!

XIX

Remedando el desconcierto de terribles aquilones
Que defraudan de los Héroes los ensueños soberanos,
Sobre todo el territorio se revuelven los malones,
¡Y más bárbaros que aquéllos, el terror de los Tiranos!

XX

Vagan léjos de la Patria los heróicos Emigrados,
Amparándose en su hermana, la República Oriental,
Persiguiendo el surgimiento de sus bienes más sagrados,
¡Y Sarmiento, desde Chile, brama homérico y genial!

XXI

Los instintos más obscuros, más bastardos, más salvages,
Se desbordan como buitres en las hordas de asesinos,
Torturando á las matronas con sus bárbaros ultrajes,
En las villas y en la vaga soledad de otros destinos . . .

XXII

Todo es triste, todo amargo, todo trágico y sombrío,
Todo muerte, todo duelo, todo pábulo y horror;
La existencia se retuerce, sin ideales y sin brío,
Bajo el dólmen de la infausta sombra negra de Nerón...

XXIII

Todo tiembla bajo el plomo de recóndita pavura,
Auscultando en las tinieblas los senderos de la Vida;
Temblorosos sobre el mármol de esa inmensa sepultura,
Las agónicos exclaman: ¡esta vida ya no es vida . . .!

XXIV

Los hogares todos lloran . . . Por las calles solitarias
Sólo pasa el trote negro del fatídico turbión . . .;
En los ojos se reflejan las congojas orfandarias,
Ulceradas por la daga del imperio del Terror . . .

XXV

Profanando hasta la albura de las canas del anciano
Y la aurora de los niños, atempéstase el Dolor . . .
"La República Argentina, bajo el yugo de un tirano,
Pide al mundo americano — una limosna por Dios" . .

XXVI

Cual se ensañan con la Selva los horrores invernales,
Las maldades la convierten á la Patria en un Desierto . . .
Y llorando sus responsos, en solémnes funerales,
De las almas brota el grito: ¡Libertad, la Patria ha muerto!

. . . .

XXVII

¡Por la olímpica pujanza de tus hijos generosos,
Madre Patria, sempiterna, resurgiste como el Ibis,
Irradiando al mundo entero tus fervores luminosos,
Diamantinos, como el lazo de concordia del arco-iris!

XXVIII

Como un niño que despierta de extenuante tifoidea,
Recomienzas tus labores en los tristes horizontes,
Y animando tus dos bueyes, tras la sangre que se orea . .
Rechinante, tu carreta, la conduces por los montes . .

XXIX

Batallando con las fieras, con lo inculto, con lo bajo,
Te incorporas en la huella de tu firme derrotero,
Y empuñando nuevamente tus enseres de trabajo,
Es el ruido de la faena tu éco omnímodo y postrero.

XXX

Azorada, quejumbrosa, de la noche á la mañana,
Perseguida por las lanzas del autóctona feroz,
Asechada por las fieras, vá la pobre caravana,
Combatiendo con la Parca, que fatal suspende su hoz...

XXXI

Con pujanza dolorosa se abre paso entre el boscaje,
Con pujanza irresistible marcha siempre hácia adelante:
¡Siempre fiel á su destino, siempre firme en su coraje,
Confirmando sus virtudes de implacable caminante!

XXXII

Así marcha, á duras penas, soterrada en el atraso,
Hasta que anda en sus dos rieles el dragón de James Watt;
¡Desde entonces vuela enhiesta, sin temor, sin embaraso,
Afianzando con sus siembras el Paraíso de la Paz!

. . . .

XXXIII

A la orilla de la linea se improvisa una casilla,
Que valiente desafía la temible soledad,
Y absorviendo la campaña, concreciónase en la villa,
Alentada por los vuelos del científico metal.

XXXIV

Como un vértigo de monstruos escapados del Infierno,
Espantando al aborigen, van las máquinas fogosas,
Resoplantas, ardorosas, cual anuncios del Eterno,
Derramando sus fulgores de luciérnagas monstruosas...

XXXV

Anunciando desde léjos su carrera, con la estela
De humo fébrido de fuerza, fragoroso vuela el tren,
Y aplastando con su furia la brillante paralela,
Recompensa tus afanes, conduciéndote al Eden . . .

XXXVI

Cual serpientes, se devoran los pletóricos galpones
Que almacenan los cereales de la hermosa producción,
Y urbanizan con el "cambio" las ruidosas estaciones,
Cuyos aires saludables se perfuman de carbón.

XXXVII

Núcleos nuevos, desprovistos de las hieles del encono
De las urbes, esos núcleos son las fuerzas convergentes
Del trabajo noble y sano, dónde al roce del colono,
Mira nuevos horizontes la humildad de aquellas gentes.

XXXVIII

Y las norias, los surgentes, y las sabias trilladoras,
Las mil ármas meritorias de las fámulas agrarias;
Las virtudes de los hierros, difundiéndose sonoras, —
Los "caballos" que condensan las potentes maquinarias.

XXXIX

Y los fébridos ingenios, madurando su fermento,
Y el hervor de las bodegas, con su baquica alegría,
Allá lejos, en los Andes, bajo un dulce firmamento
Que á las almas comunica vesperal melancolía.

XXXX

Los potrillos de carrera, los colosos percherones,
Y los hakneys de gran brillo, de alabanzas aureolados,
Y los toros de asta corta, que blasonan los galpones
Y los sólidos rebaños, y los vastos alambrados . . .

XXXXI

Impregnando de sapiencia los desiertos conquistados,
Se levantan en la Pampa las estancias á la inglesa;
Contemplando, como en sueños, los progresos alcanzados,
El escéptico turista, sorprendido, se embelesa...

XXXXII

Aquí cerca, las cabañas se desdoblan más activas,
Dónde el brío de la sangre de las razas finas arde;
Allá léjos, la indolencia de las razas primitivas . . .
El valar de las haciendas, en el "puesto", al caer la tarde . .

XXXXIII

Todos forman, sin embargo, le energía necesaria,
La energía satisfecha, la energía suficiente,
Que surgiendo de la Pampa ó de la Selva solitaria,
Asegura tus prestigios fuera de este Continente.

XXXXIV

Por tu pórtico grandioso, por tu pórtico de aurora,
Van entrando los ilotas que en su tierra están de más...,
Y olvidando las siniestras pesadillas de mala hora,
Saturados de Castalia, cobran nueva dignidad...

XXXXV

Vigorosos inmigrantes que producen hijas lindas,
De robustas pantorrillas, dura carne y torso fuerte,
Agil ritmo, dulces labios, más sabrosos que las guindas —
Noble arcilla que prorroga los mandatos de la Muerte.

XXXXVI

Tierra tienen, tierra libre..., — la prodigas generosa.
A curar sus desventuras, venga el hombre de trabajo,
Y reemprenda con constancia, con conciencia luminosa,
Los afanes que enaltecen y transforman el andrajo...

XXXXVII

No se entregue á la corriente de las prédicas sombrías,
Que hacen ver todas las tierras cual las hórridas del Zar;
Reconstruya su existencia, sobre nuevas alegrías,
Bajo el ala azul y blanca de esta nuestra Libertad.

XXXXVIII

Ore, llore, dé al olvido sus dolores de otros días;
Desarraigue sus tinieblas, ore y llore con fervor,
Y volcando en el Trabajo sus mejores energías,
Balsamice para siempre su neurosis de Dolor.

XXXXIX

¡Hombres todos de la Tierra: la República Argentina
Abre al mundo las bondades de su hidalgo corazón,
Y cumpliendo su mision de legendaria golondrina,
Brinda rientes primaveras bajo su albo pabellón!

. . . .

L

Pueblos chatos, pueblos pobres, llenan todo el territorio;
Pueblos sucios, coloniales, pueblos trágicos, dolientes,
Que de pronto se levantan al mandato perentorio
Del Progreso, que diluvia sus ubérrimas corrientes.

LI

En las villas de otros tiempos, como en todos los principios,
Sopla el viento polvoroso sus temidas amenazas;
Más, ahora, coquetean los vivaces municipios
Con sus calles empedradas, sus jardines y sus plazas.

LII

Ya la pica ha demolido las antiguas casas feas;
Las colúmnas elegantes ya reemplazan al horcón;
Rumorosas, se alinean las graciosas azoteas,
Y en el sitio de la reja ríe artístico balcón.

LIII

El pacífico Mercurio libra al mundo sus compuertas:
Acumula, vaiveniza, puebla el suelo de riquezas;
Lleva, trae, vá formando, cual la abeja de las huertas,
La montaña formidable de las sólidas grandezas.

LIV

Riente sube hasta las nubes el imperio de la Hectárea,
Inflamando las conciencias de solar egolatría
Y estrechando las distancias, espasmódica, cesárea,
Vuelca Céres la grandeza de su eterna fecundía.

LV

Todo gira y se refina, briosamente, grandemente;
Todo vibra, todo canta, todo vuela, todo ruje,
Centuplica los esfuerzos, pone proas en la mente,
Penachando triunfadora la soberbia de su empuje.

LVI

Un gran tráfago de hierros, un metálico zumbido,
Que atestigua la grandeza del vigor de las tareas;
Corta el aire á cada rato, de la Fábrica el silbido,
Y negruzcas enarbolan su alfiler las chimeneas.

LVII

Rebasados los vigores en desbordes infinitos,
Labra el hombre sus mansiones, encumbrando sus anhelos:
En los barrios sub-urbanos los alegres chalecitos,
Y en las grandes avenidas los soberbios rasca-cielos . . .

LVIII

Los noveles vendedores amoldando su lenguaje,
Dialectizan los sonidos caprichosos de su voz,
Y la oferta culinaria llena el aire con su oleaje
Bizantino, recalcando las siluetas bajo el sol.

LIX

Hierve el río de las calles, corre y vuela á todo vuelo,
Bajo el sino sempiterno del Trabajo y del Amor:
Atestado de rodantes poderosos, truena el suelo,
Más tonante que el famoso babilónico rumor...

LX

Vibra el seno de las Urbes, cual rodaje crepitante
Cuya música de hierro rumorea los espacios:
Vuelcan, hartas, las veredas su reflujo palpitante,
Y en el oro del Ocaso se perfilan los palacios...

LXI

En los barrios apartados, salpicados de gringuitos,
Los fecundos conventillos se desbordan en su hervor:
Los más grandes, los más pillos, aturdiendo con sus gritos,
Improvisan en la calle sus partidas de foot-ball...

LXII

Ya no vuelcan los malvados su anacrónica sevicia:
Ya no libra en las ciudades la negrura del pavor:
Para foscas tiranías es atmósfera impropicia;
Ríe el cielo luminoso su cristal mal conductor.

LXIII

Ríe el pueblo, se divierte, se endominga satisfecho,
Juega y bebe, se desdobla, con ufana vanidad;
En los meetings torrentosos ejercita su derecho,
Animado de vehemente, de impertérrita Igualdad.

LXIV

Hormiguean los viandantes; ronca el "auto" poderoso;
Se repletan los cinemas, dando bálsamo profundo;
Brinda el teatro los ensueños de su filtro prodigioso,
Y del alba á media noche se oye el vértigo del mundo...

LXV

Entre el hierro de ese río, soportando la batalla,
Van los pobres niños - hombres á la pesca del mendrugo:
Valerosos "canillitas", sobre cuya vida estalla
El Rigor y tiende su ala la Piedad de Víctor Hugo.

LXVI

Y cual néctar de la Vida, dónde el Alma se resume,
Endulzando la tragedia de la lucha, van las Niñas:
Désde el sólio de su piano dan al mundo su perfume,
Como dá su dulce sombra la techumbre de las viñas.

LXVII

En el bosque de Palermo, las gentiles amazonas,
Y en las grandes recepciones, la visión de Pompadour,
Y el rincón de las provincias, con sus clásicas matronas,
Prodigando en sus qué haceres su doméstica virtud.

LXVIII

Y los túneles de tubos kilométricos de roca,
Cual dantescos Luciferes que se internan como un gonce,
Y las grandes vidrieras de radiante blanca boca,
Y el severo Periodismo de soberbia voz de bronce.

LXIX

Y tus sabios, tus artistas, de renombre ya famoso,
Y tus ágiles sportsmen, de valor gentil y fiero,
Y el charol de tus sketings, de fulgor vertiginoso,
Y los raids ya mundiales de tus pájaros de acero.

LXX

Y encarnando lo divino, lo sagrado y sempiterno,
Lo que nace con el hombre, lo que guía su estelaria
Ascensión hácia los Cielos, — dominando el drama eterno,
Sobre el tráfago levantan las iglesias su plegaria . . .

LXXI

En las selvas interiores llueve ruidos la cigarra,
Al venir las madureces, allá en pleno mes de Enero,
Y en la Pampa y en las Selvas, al compás de su guitarra,
Canta el gaucho sus nostalgias, baja el ála del sombrero.

LXXII

Y el centaurico resabio de las domas ancestrales,
Empilchando los baguales con el rústico atalaje,
Dónde aplaca el campesino sus impulsos soberbiales,
¡Que ojalá vivieran siempre como un poéma de coraje!

LXXIII

Como el domo de la Pampa, que solémne la blasona,
Poderosa se levanta la grandiosa Cordillera,
Dónde al cielo grandes cantos mitológicos entona
Su torrente de cristales, al venir la Primavera.

LXXIV

Mirador de las Estrellas, torre astral de los Patricios,
Desde dónde al Mundo ofrecen la lealtad de su Amistad:
Noble y álbica paloma, que venciendo precipicios,
Muestra al fin de su carrera su blancura patriarcal.

. . . .

LXXV

En tus áuricos crisoles, ¡oh, República Argentina!,
Brilla el lujo de las sangres que en tus raices entrelazas,
Y domando las tormentas, con firmeza diamantina,
Encarrilas la amalgama formidable de las razas.

LXXVI

Luce altiva tus blasones, con olimpica arrogancia:
Sangre audaz, emprendedora, fuerte y lírica de Italia;
Noble sangre anglo-germana; sangre alada de la Francia,
Y del Ynca y de la Hispania la raiz de su sandalia.

LXXVII

¡Raza Blanca, raza activa, raza audaz y formidable,
Raza dulce y luminosa, prodigiosa raza riente:
Agigantas la Existencia con tu empuje inenfrenable,
Señalando en las Edades el vigor de tu corriente!

LXXVIII

Triunfen siempre las virtudes, rompa el vicio sus cadenas,
En la tierra portentosa bendecida por la Suerte;
Lata un soplo de dulzura que circule por sus venas;
Que el cruzado del Trabajo venza al heróe de la Muerte.

LXXIX

¡Madre ingénita del Hombre, desde tu albo primer día,
Conquistando y ofreciendo tu soñada Libertad!
¡Seno ubérrimo del Orbe, cuna astral de la Hidalguía,
Que en tu suelo eleve siempre su albo templo la Piedad!

LXXX

Persiguiendo tus ideales, tu hidalguía siempre en vela,
Elabora el noble bronce de la clásica balanza,
Y ofreciendo al mundo entero la bondad de tu tutela,
Vá cantando en tus clarines el cantar de la Esperanza.

LXXXI

Sí algún día de justicia pavorosa, quiere el sino
De la Guerra, que derramen sus terrores tus Dreadnaugths,
Como ello sea por los países que el geográfico destino
Dióte siempre por hermanos de sincero corazón.

LXXXII

Que ello sea, defendiendo los comunes privilegios
Que Natura les brindara con largueza proverbial;
Que ello sea, resistiendo solapados sacrilegios
Que pretenden absorberlos, manosear, su integridad . . .

LXXXIII

Que ello sea, como siempre, desde los lejanos días,
Diamántica armadura que refuércese en un blok;
La astreatérica balanza de las justas armonías,
El simbólico manojo que se estrecha con amor.

. . . .

LXXXIV

¡Patria!, sigue tu camino, sigue siempre triunfadora,
Siempre noble y poderosa, siempre hidalga, siempre leal,
Reflejando en tus ensueños los fulgores de la Aurora,
Aureolada por los Héroes desde su ámbito inmortal!

LXXXV

Sigue, ¡Madre!, tu carrera, dominando los Vestiglos,
Describiendo siempre hidalga tu parábola en la Historia,
Reforzando con tus bríos el Esfuerzo de los Siglos,
Aclamada por los bronces inmortales de la Gloria!

Titanic!

(Tragedia en el mar)

PROTAGONISTAS:

El Mar, el Hombre, la Civilización,
Dios y el Firmamento.

Al idealismo homófilo de Rubén Darío
y José María Salaverría

I

En el mundo de los mares, dónde reinan los tritones,
Que rugió bajo la audacia de las naves de Colón,
El Coloso ha fenecido, consternando á las naciones,
Sepultando á muchos séres, torturando el corazón . . .

II

Como un paño de vapores funerarios se estremece
La demencia de los llantos, la elocuencia del dolor,
Y el humano sentimiento pavorido se enternece,
Al pensar en las supremas amarguras del terror.

III

Solapado en las tinieblas se aproxima el asesino . . .
En el barco todo ríe: las mujeres . . ., el violin . . .
El Coloso, á toda marcha, sigue brioso su camino . . .
¿Qué se escurre entre las sombras? ¡El fantasma de Caín..!

IV

Tras el choque formidable, "¡Salvavidas!", "¡Salvavidas!",
Se prolonga como un himno por el lomo del Titán:
Cual divina providencia de las madres aflijidas,
Sobre el puente una silueta se destaca: ¡el capitán!

V

"¡Marineros: listas todas las chalupas salvadoras!"
"¡Proteged á los ancianos, las mujeres y los niños!"
Y comienzan las escenas sin igual desgarradoras,
Produciendo una tremenda crisis triste de cariños . . .

VI

Como niñas aterradas se estremecen las estrellas,
Admirando el estoicismo de los bravos marineros;
Por los aires cruza errante, como un vuelo de centellas,
La visión inmarcesible de los nobles Caballeros!

VII

. . . Ya se alejan las barquillas, como barcas infernales,
Aturdidas de clamores en el líquido desierto,
Y los náufragos semejan, en las aguas invernales,
El ensueño de Espronceda, de cadáveres cubierto . . .

VIII

Flagelada mortalmente por los témpanos atroces,
Quebrantada se sumerge la novel Babel flotante:
Empapados en congoja se extenúan los adioses . . .,
Semejando la doliente visión trágica del Dante.

IX

Ateridos por el frío, ¡el calor de Dios imploran!,
Por el frío que derriten los monstruosos icebergs,
Y se miran en la Noche, dónde tantas almas lloran,
Los terrores que dominan todo el Canto XXXIII (1)

(1) Del Infierno.

X

Cuando el bárbaro de hielo vá sembrando la agonía,
Que en las frígidas regiones desafiara Nordenskjold,
De rodillas todos ruegan: ¡por piedad, Ave María!
Gime el alma de la orquesta la *Nearer to Thee, my God.* (2)

XI

En la inmensa lejanía dónde el mundo se desploma
Y la entraña del gallardo Leviatán se desafianza,
Brilla un rayo de ventura, cual la bíblica paloma,
Y retoña en los abismos el laurel de la Esperanza . . .

XII

Como arroyos cristalinos, — como ríos torrentosos, —
Cual fermento de tinieblas, — cual ensueño celestial, —
Los instintos se destrenzan: unas veces horrorosos
Como un vértigo de lobos, — otras veces fraternal.

XIII

Cara á cara con la Muerte, la señora Strauss contempla
Que á los hombres se separa como estopa miserable . . .;
Con vehemencias de Julieta, que los ánimos retempla,
Se ha quedado con su esposo, ¡generosa y formidable!

XIV

Junto al Náufrago se agitan pavorosos remolinos
Que consternan las entrañas. "¿Separarnos? ¡Eso no!"
Habla su alma generosa. ¡Siempre unidos sus destinos!
¡Morir juntos, abrazados, bajo el ala del Señor!
. . . .

XV

Más solémne, más eterna, más humana y triunfadora,
Más de acuerdo con el Hombre, que el castigo de Jehová,
Melancólica se extiende, como el alma de la Aurora . . .
La visión del Nazareno, luminosa de Piedad . . .

(2) Plegaria inglesa: *Más cerca de Tí, Dios mío.*

XVI

Y por cima de la amarga resistencia de Natura,
Más potente que los golpes continuados del Dolor,
Alza el Hombre su estandarte, persiguiendo la Ventura,
Afianzado en el Trabajo, solazado en el Amor.

XVII

Y más fuerte que los monstruos, que los bárbaros vestiglos,
Más activo, más eterno, más recóndito y profundo,
Sigue brioso é inquebrantable la carrera de los siglos,
Refinando el armonioso bello vértigo del Mundo . . . !

———

TEMPLO DE LAS MUSAS

¡SÁLVE!

Adela

A Zorrilla de San Martín.

...Tu alma hace pensar en el lejano hallazgo del antiguo *Más Allá* de los Mares, y en las embarcaciones tardías, endébles y mágicas, y en la fecundación luminosa de las civilizaciones superiores.

Antes de Colón, fuiste Aurora y Primavera que sólo alegraras el Viejo Continente; después, Sol que despiertas el marañoso dominio de las cavernosas almas indias. Ayer, cuando el audaz Conquistador no traspuso aún la atisbada playa, ¡fuiste *Blanca*, insinuándote como la Primera Aurora del Mundo en el alma melancólica del desgraciado y noble *Tabaré*, — para quién tuviera misterioso resplandor de Empíreo la Blancura Européa...! Y en el seno de la Raza Conquistada, el Sol de Tu Alegría Siempre Triunfante vigoriza hoy las almas, ¡haciéndolas bellas é inmensas como las selvas seculares que siglos tras siglos resguardaron á nuestros abuelos primitivos...!

Adelaida

Al alma de Strauss.

¡Alma de los valses! ¡Encarnación süave de las Gracias! ¡Psiquis etérea, libélula inefable, cuyas alas invisibles tiemblan sobre el alma rumorosa de la brisa, sobre el alma nevosa de las álbicas cascadas!

. . . Toda blanca, toda alada, modulando el vuelo de la Música, orlada de inocentes Cupidos y de flores, atraviesas sonriendo por la Vida . . .

. . . Como un incienso cadencioso, colúmpiase tu sombra sobre el altar de las almas, realzando tú misma el Templo dónde los ensueños fervorosos se prosternan.

. . . Desde que el alma humana floreció en Ensueño, como las fosforescencias cósmicas en el Alma del Universo, ondulas fugazmente, conduciendo mil espíritus, sobre el vapor irisado de las fuentes y entre el verdor perfumado de las selvas aurorales . . .

. . . Tu sonrisa y tus encantos iluminan el alma de los dulces pentagramistas, ritmando con notas tu gracia inefable, tu paso ligero, tu andar armonioso, tu blanca sonrisa, tu sombra sagrada . . .; y en su último sueño de este mundo, cuando todo se desvanece, cuando todo lo terrenal se aleja, cuando el Alma busca la estela de los espíritus sagrados que la salven, que la prolonguen, que la eternicen, que la conduzcan á la Gloria, — á través de su última lágrima, temblorosa de música, flotas perfumadamente, como una flor eterna, como la encarnación eterna de la dulce Primavera . . .

Adolfina

A Ricardo Rojas.

¡Eres el alma de Shakespeare, humanizada en un suspiro . . .!

¡Rayos de luna y perlas, rayos de luna y ébano, rayos de luna y azahares, — hermanados con blanquísimos balcones de castillos medioevales, con fragantes trepadoras que coronan los dinteles, con camelias elegidas que conocen el secreto de los novios, con serenatas y con trovadores, con prados y con jardines, — es la visión selénica de tu romancesca silueta y es el refinamiento divino de tu alma (contrastando con la cuerda profanación sanchesca del rutinarismo ambiente), ¡oh, excélsa símil de la encantadora Julieta . . . !

Aida

A los italianos de la Argentina.

¡Adorable Aída! ¡Bondadosa y celestial Aída! . . Como un trino de jilgueros ó un canto de clarines victoriosos llegas hasta mi alma en la onda juvenil y riente de tu propia música! Desde la caverna inconmensurable y grave de mis pensamientos taciturnos, acongojados de Amor Humanitario y sedientos de Ventura, bendigo el himno luminoso y casto de tu risa divina, -- esa risa auroral y pura con que abrillantas mis sueños . . . !

¡Bendigo la savia diamantina de tu sangre vigorosa y noble, — dulce como la esencia de todas las caricias, — ágil y pura como las corrientes cristalinas que cruzan las soledades y van saltando de piedra en piedra, como un vuelo de ondinas, radiantes de sol, ébrias de azul, alegres siempre, siempre triunfantes, siempre sublimes, en los abismos y en los valles, como si un soplo divino de eternidad las animara! ¡Bendigo el vuelo ascendente de tu sangre cariñosa y dulce, — la sangre infatigable y lírica de la Italia azul, — acrisolada en las contiendas del Esfuerzo, mil veces triunfante en las batallas de la Vida, antes de rendirse al vencimiento ineludible de la Muerte . . . ! ¡Bendigo en tí, luminosa y primaveral Aída, la profunda alegría, la pasión vehemente y el vigor indomable de la Raza Migratoria, cuyo espíritu se expende como un grito de gloria sobre las soledades melancólicas de mi patria, — dónde tú también viniste al mundo, — sobre las soledades condensadas en élitros febriles, dónde los mirlos de la Raza Blanca cantan . . . !

Alcira

A Enrique Gómez Carrillo.

¡ Eres la Promesa Suprema de una religión que ama el goce de la vida . . . !

La vida por sí sola no es feliz : ¡ es necesario soñar ó es necesario Esperar ! ¡ Es necesario delirar divinamente ! El prometido bienestar celestial del Paraíso, balsamiza los dolores del Cristiano ; pero las razas orientales, que viven en vida casi toda su vida, — vida que refina la vida y que refinara á la seductora Cleopatra, — solo se consuelan de los dolores de este mundo, esperando en la Otra Vida la caricia enloquecedora de las Huríes . . . ! ¡ Eres el Sueño y la Esperanza Trascendental de una raza dichosa, adormecida por el solo Presentimiento, cual el éxtasis erótico místico de los enamorados . . . . ! ¡ Eres la Hurí indescifrable, cuyos labios de rosa contienen el néctar de todas las dulzuras, cuyos ojos ardientes é infernales reservan el sopor sublime de todas las más bellas embriagueces, cuyas caricias ocultan la divina tortura de las más grandes dichas . . . !

Angelina

Al escultor Querol:

¡Nube bíblica y arcángeles, nube olímpica é himnos, nube de ilusión y auroras: de tu sér divino irradia una como luminosa clarinada de Gloria! ¡Los hombres - dioses que han cruzado iluminando la Tierra, como una radiante tempestad de almas, te proclamaron eternamente Excélsa! ¡Eres el déico símbolo duradero de la anhelada Super - Eva, levantadora del prestigio de las débiles hijas de la blonda Proscripta del Paraíso! ¡Las heroínas más nobles y más puras, que como un faro se levantan en la mar borrascosa de la senda humana, sintetízanse en tu Gallardía y en tu Gracia! ¡La Belleza, la Armonía, la Dulzura, la Bondad, la Eternidad y la Fé, son tus hermanas! . . . ¡ Sálve, misteriosa conjunción de soles! ¡Salve, divinidad homérica y sagrada! ¡Sálve, soberana de imperios sobrehumanos, dónde vibrara el alma olímpica de Homero! ¡Sálve, Astro! ¡Sálve, Luz! ¡Sálve Diosa! . . .

Córdoba, MCMVIII.

Anita

A la gloria de los Próceres
campcones de la Inmigración.

. . . ¿ Has surgido de una leyenda del Destino . . . ? Sí : ¡ éres la Esperanza, á quien el Dolor le precediera ! ¡ Eres el ave ideal, cuyos inefables gorgeos no angelicara el oído rústico de la raza bárbara del valiente Tupac Amarú ! ¡ El ave blanca y fina, á cuyo gérmen migratorio el mal pagado Colón se anticipara . . . ! ¡ Eres el más robusto Ideal de un alma víctima, — en tiempo ya lejano . . . , — de la más tenebrosa desventura, alejada de su tierra y de su cielo y de su mundo, el día trágico y triste del *¡ adios !* desgarrador, empujada por el desesperado anhelo de vivir . . . ! ¡ Eres el primer día de una larga noche : el pleno optimismo tras la prepotente desesperanza ! Y en la selva tumultuosa de las almas argentinas, éres el amor filial y la castidad robusta de la matrona romana : el vigor inmortal de la Roma Augusta : el corazón fecundo y noble que triunfa sobre todos los desvíos de la Especie !

¡ Sálve, — por la eternidad de mi Patria, — oh, *gringuita* divina !

Anita Beatriz

Al alma del rey Luis de Baviera.

. . . ¡Eres como el ave de las doradas rejas, esmaltando de nostalgia la cárcel que te encadena . . . !

. . . No debieras haber nacido en la Urbe y en el siglo de las pasageras brillazones efectistas, dónde las tímidas damas tiemblan como los cinceladas gaceles acechadas por las flechas y las garras; sinó pastora y en el siglo medioeval de las princesas silvestres y románticas, y en las montañas torturadas por las leyendas y los vientos . . . Tus símiles nacieron á orillas del fantástico y famoso Rhin, ¡de dónde tu sangre tumultuosa proviene . . . ! ¡Y Ellas, que se anticiparon á tu vida, y tú, que prolongas el alma de Ellas; Tú y Ellas, intensificando el delirio del Universo y divinizando la Creación, — que se llena de alma, pero que no la tiene, — que ruge y canta, pero pasivamente, — que palpita y vive, pero que no siente . . . , que no delira . . . , que no sufre . . . : divinizando las rocas, los torrentes, los bosques, las borrascas y las flores; Tú y Ellas martirizaron fulgurantemente la cerebración sinfónica del dios Wagner, provocando su estupenda y luminosa tempestad de grandiosidades ! . . .

Berna

Al alma de Manuel Acuña.

. . ., La Vida es Embriaguez, es Sueño y es Dolor. Embriaguez, cuando en la noche contempla el alma pensativa las nostálgicas estrellas perdidas en el seno pavoroso de las sombras, y en el día, dulcemente, el infinito templo azul de esmeraldinos altares; Sueño, cuando en horas de arrobador delirio, en blanca procesión de nubes que embriagan y que cautivan, ondea ténuemente la silueta luminosa de la compañera ideal; Dolor, cuando la ágria noche de los antros ha congelado las lágrimas y no laten ya los corazones . . .

¡ Tu gracia, tu bondad y tu belleza, siempre harán soñar . . . !

Cármen

A la gloria de los Patricios Emigrados.

¡ Éres diosa, éres ángel, éres mujer !

¡ Misterio, Belleza y Virtud !

Te presintió el Sueño Inmaculado de Dios, en la resurrección que se alzara de las cenizas de la Ciudad Impura. . . . Los hombres mas buenos de todas las generaciones, levantándose sobre el Valle como una florescencia de primaveras, han buscado el alma en tí encarnada, ¡ y la buscarán por los siglos de los siglos !

¡ Éres la Madre buena, la Esposa buena, la Hija buena, la Hermana buena, la Novia buena, cuya ausencia hace llorar á los héroes desterrados . . . ! Y basta tu existencia, y basta tu recuerdo, y basta tu mirada, para renovar la savia celestial de los Luchadores ! . . .

Celsita

A la memoria de mi tío
el doctor José María Gorosito.

¡Tú . . . !

. . . Tú éres Hermana de tus propios padres!

. . . ¡Tú no naciste sólo para tí! ¡Tu propio bien no es tu único bien!

Son tus símiles la Bondad, la Cordura y el Deber. Regulas el movimiento del escabroso mecanismo familiar: ¡te anticipas á los deberes maternales, siendo Madre de tus propios hermanitos! ¡Y sabes, como el Cirineo, abreviar las fatigas de la Pesada Carga . . . ! ¡Eres antípoda de Julia, la hija mundana del venerable Augusto! ¡ . . . Es que tu propio bien no es tu único bien! ¡Es que te aflije el llanto y el porvenir de los niños y la dolorosa tarea de las madres! ¡Es que éres el lastre cordial que evita los íntimos cataclismos en las violentas mutaciones del Destino . . . !

¡Alabada seas todos los días de tu vida, oh noble amiga mía!

Santiago del Estero, MCMVII.

Clara Aurelia

A D'Annunzio.

. . . Arco-iris y auroras, arco-iris y estrellas, arco-iris y golondrinas: ¡éres la Ilusión del Universo! ¡Eres el Hada Privilegiada del enigmático dios Oum, el Espíritu Superior del país de las plegarias misteriosas, de las fosforescencias fantásticas, de los delicados lotos! ¡Eres la princesa maga que anima las maravillas aladinescas desde su esplendoroso alcazar subterráneo, al que sólo los fakires han violado su secreto en el rapto sobrenatural de su sueño . . .! ¡Eres la Sublimidad Oculta que enarbola sus galas en las circunstancias inolvidables del alma! ¡Eres la prematura estrella de las tardes de primavera, fulgurando como un lunar de oro en la faz ruborosa de una novia!

. . . ¡Sálve, Reina de lo Maravilloso! ¡Sálve Joya!

Clarisa

A Guido y Spano.

¡Tu nombre, tu alma y tu vida, son una gota de clarísimo rocío . . . !

. . . . El süave regazo amoroso de la madre, — el nido infantil que ofrece amparo, — el propicio invernáculo, — el leve sol de invierno, — los brazos abnegados del héroe, — el resuello oportuno del san Bernardo, — el calor vivificador del brasero, — la amistad que resguarda, — el noble desconocido que favorece: ¡todo lo paternal reclama el biscuit tierno y frágil de tu existencia serafinesca! ¡Todos los guerreros te dieran su sangre, para sembrar el hervor vigoroso en tus arterias y prolongar por los siglos de los siglos la aurora paraisal de tus ojos dulcemente ágiles! ¡Todos los niños ofreciéranse en holocausto, para que tu pulida mejilla sonriera eternamente! ¡Todos los astros te trasmitieran su luz, para que tú fueras el único luminar del Universo . . . ! Y en la hora funesta y lúgubre y fúnebre en que el Hogar se entenebrece y sufren los hermanos y los padres se desesperan, ¡si posible fuera . . . ., diera yo mi vida por salvar tu vida . . . !

Córdoba, MCMVII.

Clemencia

Al alma de Víctor Hugo.

. . . La Tierra no es tu patria: ¡éres un meteoro desprendido de otro planeta, dónde ya no se sufre ó no se ha empezado á sufrir todavía . . . ! ¡Llevas en tu alma la nostalgia terrible del Amor Humanitario . . . ! ¡Las injusticias y las penas de este mundo te son sumamente dolorosas! . . . Y con tu dolor, ¡con tu inmenso dolor!, con tu aflicción, ¡ con tu tormentosa aflicción!, pretendes cándidamente contener los lamentos, ¡oh, ángel bueno, Hermana de la Caridad Humana! Tu vigilia, ¡tu enorme vigilia neurasténica!, quizá solo sea un día del ignoto y lejano planeta á que perteneces . . . !

¡Sálve, Hermana Ideal de Jesucristo!

¡Sálve, Hija del Calvario!

Deidamia

A la memoria de Chistián Roeber.

. . . . ¡Oro y luz, oro y rosas, oro y nardos, — estremeciéndose en el césped esmeraldino de los ríos misteriosos, protectores de *Walkiria,* dónde se presiente la amenaza de los monstruos Guardadores, y un vago rumor de princesas, y una ténue fragancia de castillos, — es la maravillosa y tormentosa alucinación que evocas, oh magneriana princesita rubia . . . !

Elena

A la noble novelista, señora Emma de la Parra de Llanos. (César Duáyen)

¡Eres verdaderamente un ángel! ¡Un ángel . . .! ¡Eres el reflejo terrestre de los seres inocentes, al propio tiempo perspicaces y sabios, que forman la Multitud Alada del Señor! ¡Eres misteriosamente buena, misteriosamente casta, misteriosamente bella, misteriosamente terrestre . . .! ¡Eres más del Cielo que de la Tierra . . .! ¡Eres como *Stella*, la angelical Stellita! . . . Y el día funesto y lúgubre del Viaje Eterno, — que todos los preven, pero que todos lo lloran . . ., — ¡dejarás heridos por siempre los corazones del Hogar y del Mundo! Y los que te vemos pasar por este Valle . . ., interrogaremos eternamente á las estrellas el misterio de tu celestial existencia . . .!

Emilia

A mi hermano José Evaristo.

. . .El dualismo de la Naturaleza, como el dualismo de la Vida, impone su severo imperio de luz y de tinieblas . . . Mientras un antípoda se sublimiza frente á la gran aureola azul de la Creación Diurna, el otro vacila ante el negro imperio inescrutable de la Noche . . . El Hogar y el Mundo son antípodas. Exploras el Universo de las Almas, alumbras tu Hogar, — y no niegas tu luz al Mundo . . . Por esa excélsa fortuna, al extenuarse lánguidamente las perfumadas tardes, vémoste surgir del virtuoso enclaustramiento que á tus símiles impone el sagrado sacerdocio del Hogar, semejante al Sol, ¡mensajero diario del orbe planetario!, retornando á alegrar la Creación Amiga, — tras grave paréntesis de sombras, — después de haber alegrado la Creación Misteriosa de otros mundos . . . !

Emma

A Almafuerte

¡Sombras de la Noche! ¡Sombras de la Existencia...! ¡Incierto cáos aterrador, urna pavorosa dónde en nostálgico silencio rielan temblorosas las estrellas!

En el mundo de las almas, como en el mundo de los formidables pobladores del Espacio, bondadosas convergen las Energías Constituyentes, para ser la Luz, la vida palpitante que resplandece en las sombras . . . ¡Eres una de esas convergencias, en el mundo de las almas, ¡y de las más poderosas!: centro planetario en la constelación de los espíritus: ¡otra María de Bethlem, Madre del Verbo, cuya pureza de alma y cuya grandeza de corazon han de fulgurar misticamente en la Sombra Fatal que acompaña á todos los siglos..!

Enigminena...

Ficción nupcial)

A Soiza Reilly.

. . . Aquí, ¡mi ángel querido! ¡Pon aquí tu cabecita!
. . . Aquí . . . ., junto á mi cara . . . !
. . . .

. . . ¿Tienes vergüenza? . . . ¿Por qué, mi dulzura?
. . . ¿Acaso no éres ya mía . . . ? ¡Mía para toda la vida . . . !
. . . .

. . . ¿Por qué bajas la vista? ¿Por qué no me miras . . . ?
. . . . . . ¡Dame un beso . . .¡ . . . ¡Dame un beso, mi avecita adorada . . ., mi encanto . . ., mi hijita . . ., mi vida. . !
. . . .

. . . ¿No quieres besarme? . . . . Bueno . . ., yo te besaré . . . . . . ! ¡Yo te adoro! ¡Mi tormento sagrado ¡Mi tontita . . .¡ Mi virgen . . . !
. . . .

. . . ¿Por qué no me besas . . . ? . . . . .¿De qué tienes vergüenza? . . . . . . ¿No me amas? . . . ¿Es acaso un crimen? . . . ¡Mi gatita! . . . ¡Mi suavecita! . . .
. . . .

. . . ¿Por qué me haces sufrir, mi alma . . .? . . . ¡Yo te besaré otra vez . . .! . . . ¡Yo te adoro . . .! . . . ¡Y quisiera morir besándote . . .!

. . . .

. . . ¡No tengas vergüenza . . .! ¡Abrázame . . .! ¡Y bésame . . .! . . .¡Bésame, mi lirio adorado . . .! . . . ¡Bésame otra vez, ángel mío, que tus caricias son para mí la luz del cielo . . .!

. . . .

. . . ¡Mi ángel querido! . . . . ¡Mi hijita! . . . . ¡Mi virgen! . . . . ¡Mi vida! . . . . ¡Mi alma! . . . . ¡Mi avecita adorada! . . . . ¡Mi mujercita! . . . . ¡Mi chiquitita! . .

. . . .

. . . .

Enriqueta

A Rostand.

. . . Palpita en tu sér olímpico el misterio de la Juventud: ¡éres el Trono de las humanas divinidades, dónde Júpiter relampaguea imperialmente y Vénus sonríe estremeciendo las brisas, entonando un himno que resuena hasta más allá de la Vida y hasta más allá del Infinito! ¡Te llamas Amor, Sonrisa, Belleza, Aurora! Y cuando la Creación abandona la toca funeraria de los hielos, besando el Azul con explosiones de esmeralda, ¡éres el Alma de la Primavera, embelleciendo las perfumadas tardes con el gallardo ritmo de tu vibrante escultura, . . . cual si en el concierto de las constelaciones se encabritaran las auroras! . . .

Santiago del Estero. MCMV.

Eva

A Cavestany.

. . . Nunca pude saber tu nombre . . . ; pero llamándote de mil modos, te murmuré miles de veces mil caricias . . .

. . . ¿Recuerdas del Poéta . . . ?

. . . Desde aquel día que el viento de mi destino me arrastró á lejanos paises, no he vuelto jamás á verte . . . Después, como el Errante, recitando por el mundo las plegarias de Ashiavero, he vagado largo tiempo . . . Pero siempre . . . ., ¡siempre! ¡siempre!, al llegar la Primavera, recuerdo tu sonrisa y tu mirar, y el oro altivo de tus búcles, y tu gracia divina de duquesa, y las flores rojas y los hierros negros de tu balcón, y la pompa sutil de tu morada, y la alegria gentil de tus hermanas, y la gloria del sol, y el chirrido rubricado de las rientes golondrinas bajo el pálio azucarado del Azul . . . !

Evangelina

A las matronas de mi Patria.

"Amo á mi madre porque siento arder en mi corazón, para ella, esa pira inmensa del entusiasmo infinito, ese celestial arrobamiento que se define en veneración".

" En mi adolescencia, fué quien me enseñó los senderos de la virtud, quien me advirtió los precipicios, enseñándome la manera de salvarlos.

"Es, ella, la que íntimamente comparte conmigo los infortunios y las venturas, las tristezas y las alegrías; ella, la que vela mi sueño y ruega á Dios por mi felicidad eterna; el único ser que, al par de mi padre, anhela mi bienestar en el mundo".

. . . Piando como una alondra angelical, vá tu sagrado pensamiento por la Selva de la Vida . . .

. . . La voz de los querubes estremécese en tu música . . .

. . . En una como alegoría del Paraiso, blasonando de ternura las rudezas de este Valle, murmura filialmente tu alma santa, que tiene del cristal su célica pureza, y su fulgor ultraterrestre de la perla . . .

. . . Como una flor sagrada, condensando en una gota de diamante las etéreas lágrimas del cielo, tu corazón

sacrosanto condensa las más puras lágrimas del mundo:. lágrimas inefables, temblorosas lágrimas azules, en que se convierten, al llegar á la tierra, los suspiros de los ángeles . . .

. . . Y como un vuelo de pájaros sagrados, álzase de tus angélicas palabras la eterna y santa poesía del Amor Filial, orando fervorosamente ante el altar de la Suprema Providencia—llámasele Padre ó Dios: el profundo candor de las estrellas, humanizado en tu sonrisa; la divina ternura de otros mundos, perfumizada en tu dulzura; el dulce vagido de todos los séres infantiles de la tierra: ¡todo lo que hay de inocente, de bueno, de blanco y de infinito, en toda infancia que vacila ante el Soberbio Misterio Universal . . . !

—

Hada Selva

A Ingegnieros.

¡Eres azahar, y jazmin, y boyero: hermana privilegiada de los blancos símbolos que embalsaman y musicalizan el Jardin de la República! ¡Eres álbica filigrana! ¡Tu risa cristalina sugiere la nota fina que ríe y gime en la prima aguda de los violines! ¡Tu sér alabastrino, avivado por arterias prodigiosas, es granada madura en tus labios, aurora triunfal en tus mejillas, gloriosidad olímpica en tus formas . . .! ¡Y en la armonía vibrante de tu andar primaveral, éres fulguración inefable de pétalos recién abiertos: perfumando la brisa, paraisalizando el mundo, fraternizando con las aves, sobrepasando á las estrellas . . .!

Herminia

A Joaquín Lagos.

. . . ¡ Es la idea que encierras fragor de mundos, cuando lanzas inspirados los espíritus al insondable Eter, bajo una esfera de llameantes astros; es el mundo que encarnas, el Universo, cuando rielan las estrellas en la sombra y se alza el Sol azulando el Cáos, envidiosos de tu sér que tiene la álbica blancura de los nevados cerros, cumbrado por el oro de tus rizos, dónde sonámbulas vagan las auroras; es el espíritu que en tu interior palpita, la más grandiosa Idea de Dios, embalsamando como flor y cautivando como querube, entronizada en el celestial Reino Eterno de las Almas . . . !

Idita

— —

A Angel de Estrada.

. . . Como un hilo de seda tendido a los espacios, como una mariposa blanca, como un mirlo de alabastro, vuela de labio en labio y de corazón en corazón, tu nombre . . . Así, dulcemente: Idita . . . Idita . . . Es que como una arañita divina, tejes con la propia seda de tus sueños el alcázar sublime desde el cual cautivas, con ese tu imán de dulzuras, con ésa tu red de caricias, con ésa tu fatalidad de encantos, que como un perfume se disipa en el incienso celestial de tus palabras . . .

. . . Por que nacistes para los Astros, para lo Etéreo, para lo Eterno, niña aún, casi nena, luces en tus ojos dulces la estela inconfundible por dónde tus sueños se remontan, cuando á la hora sagrada del Crepúsculo se asoman las estrellas al balcón del Firmamento . . .

Inesita

Al doctor José Leguizamón.

. . . ¡Dulce Estrella de la Mañana!

. . . Los lares familiares pontifican en tu espíritu, atando con Pureza y con Cariño tu noble corazón al de los tuyos. ¡Gracia, Virtud, Ilusión, Candor . . .! ¡Cuatrilogía excélsa! ¡La Juventud y los Siglos envuélvente por igual, haciendo de tu espíritu la Rosa del Empireo! Unense en tu corazón sacrosanto la ingenuidad angélica y la suprema prudencia: ¡glorioso querube que tienes, por Gracia Divina, la profunda reflexión de los Patriarcas . . .!

Inés de los Angeles

Regina æterna

A la poetisa anciana, doña Carolina Freyre de Jaymes.

. . . Desde aquel día que la onda eléctrica del cable trajo á tu patria, como un susurro de sollozos, el mensaje ultramarino de la trágica Lutecia, mi corazón ya no vive en la tierra . . . Ya no tiene sosiego. Busca en el alado imperio del Ensueño la luminosa estela de tu Ascensión sacrosanta. Sin alas y sin méritos para llegar hasta el Cielo, para llegar hasta tu alma, gime el tormento de los ojos ávidos de estrellas, de las almas ávidas de Dios. Y suspenso en la ilusión de Tu Dulzura, sigue la ley de su destino . . .

. . . Esta primavera ya no ríe tu risa, ya no se oye el gorgeo de seda de tus purísimas ternuras. ¡ Alondra de corazón sagrado: ya no mezclarás tus trinos al trino de tus amigas! ¡ Te elevaste para siempre, para siempre te elevaste en busca de más eternas primaveras, de más inefables goces, de más divinas dulzuras, de más misteriosas músicas, desde dónde sigue difundiéndose como una sonrisa del Paraíso, el perfume angelical de tu sonrisa!

Mecida por la Primavera, la Ciudad toda sueña. En todas partes gorgean los pianos; todos los corazones se desbandan, como un vuelo de mirlos, bajo la noche de perla,

bajo la noche de luna inmaculada. Cerca del Templo de la Muerte, dónde duermes, dónde sigues viviendo como la Virgen, — bajo las frondas profundas, cargadas de pavor y de misterio, voy llorando en silencio, voy llorándote sin lágrimas, con la fiebre sagrada del delirio . . . ¡Y es mi anhelo mayor consumirme adorándote, bajo el Sol y la Luna, bajo el Azul y los Astros, hasta alcanzar la luminosidad eterna, hasta alcanzar el nirvana etéreo y volar á tu lado, — ¡oh, mi Beatriz excélsa!, — hasta purificarme de todas las impurezas de mi senda, con el redimimiento sagrado de la Plegaria y de la Muerte . . . !

Buenos Aires, MCMXI.

Isabel Argentina

A. Roberto J. Payró.

¡Garza de blanca seda, de marfil, de oro y de rosas, tu esbeltez es delicada!

Garza silvestre, cuyo mirar deleita celestialmente á los sencillos y aindiados campesinos.

En la Laguna te paseas solitaria, anhelosa de la Urbe prepotente, rozando los vellos verdes del informe monstruo inofensivo, en cuya piel líquida, levemente enrizada, cinematografíanse el rubor juvenil de la Aurora, el azul purísimo del Cielo, el blanco riente de las nubes y el plomo triste de las nieblas, — la sanguinolencia enfermiza del Ocaso, — la tenebrosidad impulsiva de los vientos, — la incandescencia veloz de los relámpagos, — la insondabilidad atea de la Noche, — el romanticismo casto de la Luna y el girar metemático del Firmamento! . . .

Josefa

Al doctor José Benjamín Abalos.

. . . La visión sobrenatural de la Divina Comedia explosiona sublimemente en tu sér maravilloso: ¡éres el alma del Dante en delirio de omnipotencia! ¡Eres el Infierno, cuando en los paños orfandarios que te cubren haces palpitar la gracia martirizadora! ¡Eres el Purgatorio, cuando en tu faz de Aurora relampaguea la sonrisa de Dios á los que están rediméndose del Pecado! ¡Eres el Paraiso, cuando en la eclosión de oro de tu cabellera alza el Eterno la magnificencia de su Trono!

Y al pasar . . ., como un cometa explorando la insondabilidad del Infinito, éres algo más grandioso: ¡éres la Eternidad, subyugando, como á los niños el misterio de la Muerte; abismando sublimemente, como á los sabios la magnitud del Universo; embriagando celestialmente, como á Jesús, en los Olivos, la divina visión radiante de Su Padre! . . .

Santiago del Estero, MCMV.

Josefina

A Belisario Roldán.

. . . ¡Eres la más humanitaria y la más divina de las Tres Virtudes!

. . . ¡Eres el símbolo de la Cruz, luminosa y fraterna, suavizando el golpe crüel de la feroz Espada Conquistadora . . .!

. . . ¡Eres el Corazón Cristiano que animó la palabra balsámica y el ademán evangélico del abnegado Misionero, — hermano universal y anónimo de los menospreciados hijos de este misterioso Nuevo Continente: hermano protector, cuyo inmedible sacrificio amenguara la inhumana Ambición Extrangera . . ., y á cuyo amistoso contacto resplandeció en el cáos de las almas nativas la conciencia de la Entidad Humana!

. . . ¡Los siglos venideros no serán ya alumbrados por la grandiosidad divina de Tu Alma, por que éres el fulgor sagrado de los siglos anteriores . . .! Y cuando á los desvalidos, á los miserables y á los enfermos, — *á los hambrientos, á los sedientos, á los encarcelados,* — les falte alguna vez la humanitaria protección de los Asilos, tu corazón, ¡tu gran Corazón Cristiano!, llorará impotente en el seno enigmático de los siglos muertos . . .!

Córdoba, MCMVIII.

Judith

Al alma de Gounod.

. . . Un día serás la Angélica Elegida del Señor. ¡El día sagrado de la destrucción irremediable del Valle: el día bíblico de la tragedia definitiva del Juicio Final . . . !

Cuando la Humanidad Viviente entone conmovida el Santo Trisagio, bajo la estupenda tempestad de fuego de la Lluvia Purificadora, tú serás el Arcángel Anunciador, al llamado de cuyo clarin divino cesarán las penas terrenas y se reencarnará el Polvo, para elevarse al altísimo en demanda del Fallo Infalible de la Justicia Eterna . . . !

Y en el reinado infinito de la Corte Celestial, dónde arcángeles y serafines cantan fervorosas aleluyas inmortales, tu fé será la Rosa Mística, inefabilizando con el perfume ultraterrestre de tu alma casta la existencia perpétua de los siglos y los siglos . . . !

Julia

A Amado Nervo.

. . . Resurrección de épocas antiguas: dijérase que éres una figulina de ámbar, descubierta bajo la lava bíblica de las ya lejanas ciudades sepultadas para siempre . . .

Suave y pálida, como una princesa del Celeste Imperio, tu mirada se abisma en quién sabe qué lagos azules, recamados de cigüeñas níveas . . . O como las princesas pensativas de la era pavorosa del Terror, miras sin comprender, sin profundizar, sin convencerte . . .. la amarga vulgaridad de lo más de la Vida . . .

Justa Esther

A la Divina Magestad de Jesucristo.

. . . ¡Tus ojos! ¡Tus ojos divinos, — celestes ventanas de la Aurora, candorosas puertas de la Gloria, sublimes portales de la Primavera . . . !

. . . ¡Tus ojos! ¡Tus ojos de querube! ¡Tus ojos de corderita mística, como los anhelara Jesucristo para todas las mujeres de la Tierra. . . . para todos los arcángeles del Cielo . . . !

¡Tus ojos inmensos, tus ojos puros, tus ojos infinitos, — por si solos tan inmensos, tan infinitos y tan puros como la esencia inefable del Paraíso . . . !

¡Tus ojos, que son tu alma, — la sublimidad ultraterrestre de lo que las almas presienten más allá de lo Transitorio . . . : la bendición divina de la Eterna Bienaventuranza . . . !

. . . Divina como un arcángel, dulce como una flor, soñadora como una alondra, pasas por el sendero de la Vida; y cuando rezas, y cuando amas, y cuando sueñas, como un vuelo de ángeles se eleva de tus ojos de tórtola sagrada . . !

Buenos Aires, MCMX.

Laura

A Calixto Oyuela.

. . . Como una brisa eólica susurras sobre el tráfago del Mundo . . . Tu andar es inefable, como un vuelo de suspiros amorosos . . . Cuando pasas, dijérase que es un perfume viviente, semicorpóreo, que ondea al ritmo musical del aura . . . Eres como una evocación de la Edad ya lejana de los dioses; musa divina que ondearas bajo el cielo de Grecia, como un halo de lirios invisibles, animando la lira encantada de Orfeo, el Delicioso. Siglos y siglos antes, fuiste Leda, la divina, para gozar de cuya dulce presencia se convirtiera en cisne, Júpiter, el Poderoso. Y entre la formidable tempestad de vida de este siglo sonoro, deslísaste como una encarnación flotante de las hadas . . .

Leonor

A Paul Fort, el Príncipe de los poetas franceses contemporáneos.

. . . Blanca . . . toda blanca, como una visión lunar, cruzaste un día por mis sueños . . .

. . . Primero, tu nombre, cariñosamente recordado por tus amigas, mientras léjos, muy léjos de aquí sentías añoranzas de tu patria . . .

. . . Después, la armonía primaveral de tu silueta... ; la profunda dulzura de tu sér . . .

. . . Como una evocación divina, — como un suspiro blanco, — como una sombra inefable y pura, llegaste hasta mi alcázar, envuelta en uno como nimbo de seda y de dulzura . . . Tibia seda perfumada de tus manos; blanca seda marmórea de tu cuello; bruñida seda blonda de tus rizos; sedosas perlas dulces de tus ojos; delicada seda pálida de tus mejillas; musical seda divina de tu ritmo; sagrada seda inefable de tus suspiros; armoniosa seda angelical de tus palabras . . .

Lolita

A Alfredo Tosti.

¿ . . . El escenario de tus encantos más divinos? La terraza de tu mansión.

. . . Como una corsa blanca, como un orfebre níveo, como una viviente figulina, saturada de perpétua primavera, ríes el cristal cuasi infantil de tu risa deliciosa, irradiando tal plenitud de ternura, que en los corazones donceles y en las sangres sin mancilla, prendes la chispa divina de la pasión que restalla como un manantial diamantino . . . Y cuando indiferente al mundo, como una princesita de los cuentos blancos, juegas con el fox-terrier, el bebé y la institutriz familiares, éres como una evocación de las infantiles y radiantes maneras de Inglaterra . . .

Luisa

. . . ¡Hostias é inciensos, hostias y lirios, hostias y cánticos celestes, — tremolando en el seno inmaculado de una nube de Esperanza Ultraterrestre, como los arcángeles alados en el Trono luminoso del Altísimo, es la visión mística que corporizas, ¡oh, privilegiada Hija del Espíritu, hermana excélsa de las Mensajeras de Jehová ! . . .

Lyda

A Rubén Darío.

. . . ¡Las rosas de Francia . . . ! ¡Las rosas divinas! ¡Las rosas del País de la Gracia, que en su roja corola aprisionan la Aurora . . . ! ¡Las rosas divinas que avivan tus dulces mejillas!

. . . Cual un deslumbramiento de gálicos vergeles, dónde el alma de sus duquesitas flota como una reencarnación de su sangre perfumada, — sangre que canta en sus himnos de gloria, sangre que ríe en sus trinos de gracia, — palpitas triunfalmente en el concierto luminoso de la Vida. ¡Lucen tus ojos el mirar gracioso, la sonrisa eterna de las amables y dulces doncellas del Sena; vibra en tu ritmo el elíxir divino de las áureas corrientes de la rubia Castalia; sonríe en tus labios el olímpico fuego que eterniza el instante; refulge en tus manos la seda y el mármol de la Vénus sagrada, y en tus rojas mejillas, como rosas eternas, vivientes y puras, proclamas el dulce candor de la Aurora . . . !

María

Al escultor Rodin.

¡ Miel y bronce, miel y seda, miel y mármol: — éres la Aspiración Suprema de las razas fuertes: el Sueño Irrealizado de la Humanidad! ¡ Te llamas Bondad, Pureza, Tranquilidad, Compañia! ¡ Éres el Anhelo Familiar de Roosevelt! ¡ Eres la compañera casta, prudente, silenciosa y fuerte! ¡ Tu alma es la argamasa fraterna de los corazones, las lágrimas y los sanos deseos de muchas generaciones en el Período Ascendente de las razas! ¡ . . . Bien vale el deber del Trabajo, cuando en la hora amarga de la fatiga se tiene la presencia reconfortadora de tu alma! . . . ¡ Sálve, Anhelo de la Humanidad Bendita!

María Alejandrina

——

Al abate Perosi.

. . . Dios creó el Mundo. — Y animó el Barro. — Y el Barro pecó. — Y fué condenado al Acabamiento. — Y para el Soplo Eterno que El le conmunicara, reservó su Trono. — Y de la más amada estrella formó al Angel Compañero, para que en el lecho del moribundo esperara el momento terrenalmente trágico del Tránsito Sagrado! . . .

¡Tú éres ese ángel . . . !

. . . !Desde el comienzo de los siglos, tu compañía invisible llena de celestial regocijo á las almas que se ván . !

. . . ¡Desde el comienzo de los siglos, los padres, los esposos, los hijos, los hermanos y los amigos, únen su llanto lúgubre, su angustia delirante y su rogación fervorosa, á tu tranquila y mística misericordia inefable . . . !

. . . ¡Desde el comienzo de los siglos, la Tierra y la Eternidad se comunican por la Escala Luminosa millares y millares de veces surcada por tus alas divinas, por dónde las almas inmortales ascienden, en ejércitos innenarrables como pesadillas, cual colúmnas etéreas de inciensos infinitos . . . !

María Angélica

Al alma de Mendelssohn.

. . . El Universo, — el sistema solar, — la Tierra, — la América del Sud, — la República Argentina, — la tranquila ciudad de tu provincia, — el rincón silencioso de tu hogar: ¡estupenda y maravillosa escala, por dónde la caricia y la atención de todo el Firmamento convergen en tu tálamo nupcial!.

¡Pocas veces, desde que el color de las hijas de América rivaliza con el armiño, — gérmen olímpico arrojado á estas selvas desoladas, por las milagrosas y geniales carabelas colombinas, — pocas veces, desde entónces, este pedazo de tierra estival y melancólica ha visto centellear en la semisombra de las almas el vuelo de un mirlo que tanto como tú avivara la vida! Por éso, desde el marejoso y triunfal escenario dinámico de la Historia, — trono simbólico de todo lo duradero, — las sombras fulgurantes de Shakespeare y de Victor Hugo te envían su conmovida bendición de Pontífices Máximos del Amor; adoradores y protectores de todas aquellas y de todos aquellos que aman sin medida, — divinamente, heroicamente, astralmente, quijotescamente, angelicalmente, — y Victor Hugo, de rodillas, besando tembloroso tus manos, cual un manojo de lirios, besara las manos de Coseta, y Shakespeare, loco de emoción, al besar tu frente, cual una extractación de estrellas, besara la frente de Julieta! . . .

María Aurora

—

Al doctor Manuel Carlés.

. . . El bravo torbellino de la Vida, que amalgama los destinos humanos, ha sido adverso á los anhelos de tu sangre: ¡éres cual rosal perdido en las rusticidades alpinas: marcial Diana caída entre pestilentosas multitudes jóbicas! ¡Tu mente y tu corazón, ¡tu corazón y tu mente!, son vasto escenario heroico, dónde gallardas visiones cruzan envueltas en el incienso embriagador de los combates! ¡Naciste para ser discutida diosa de los implacables Paladines que extenuaban sus arterias en los torneos formidables de la Sangre! ¡Por éso te son estrechas las imposiciones martirizadoras del Convencionalismo! ¡Por éso, aunque transiges . . ., instintivamente repulsas á los peleles . . . !

María Eduarda

A la gloria de los Próceres de Mayo.

¡Metempsicosis excélsa de la época gloriosa de mi Patria! ¡Irresistible como el Sol, resplandeces en el seno fantástico y heroico de una nube Azul y Blanca, dominando un conjunto formidable de cumbres y de pantanos, de pólvora y de noches, de ríos y de heridos, de batallas y de montes, de patriotas y de lluvias, de banderas y de triunfos, de vientos y de clarines, de plegarias y de lamentos, ¡oh, jóven patricia, matrona recién adolescente, madre de las heroicidades y las bondades, privilegiada de los espíritus eternos del Hogar y de la Patria!

Buenos Aires, *Año del Centenario.*

María Elena

Al alma de Beethoven.

Un domingo, ¿recuerdas? Después de misa . . .

Un domingo de Octubre . . .

Pleno de primavera y ávido de cielo ultraterrestre, ávido de espíritu, ávido de ascensiones infinitas, ávido de ese candor sagrado que sonríe en tu persona, seguía tu camino, á lo largo de las calles luminosas. Como los pastores orientales enamorados de Vénus, cuando en el altar del Crepúsculo fulgura, seguía tu camino, soñando en quién sabe qué sueños de otros mundos . . . Te amaba, simplemente . . . Te amaba, nada más . . .

Ardían de vida las calles. Bajo el sol poderoso himnos de amor subían de las almas y la sedosa esmeralda de las hojas tiernas estremecíase al beso de la brisa. Todo sonreía . . .

A la puerta de una casa, un miserable hacía una de sus tantas estaciones. Murmurando siempre, rogando á Dios, rogando á los hombres, pedía una limosna . . . Muchos menos dignos que tú, — ¡hija mía, vida mía, alma mía!, — muchos habían pasado antes, sin mirarlo siquiera . . . Y tú, que éres una princesa de la tierra, te detuviste al pié de ese calvario, de ese dolor, de esa miseria . . .

¡Desde entónces . . . !

Desde entónces te adoro. Y en las noches de luna, cuando el Paraná milenario y ubérrimo brilla como un delirio de cristales milagrosos, véote flotar en los espacios inefables, dónde las estrellas sonríen como vírgenes, como espíritus divinos de otros cielos; ascender como un perfume en el silencio religioso de la noche soñadora, — heroina de las castas simfonías de Beethoven; vagar sobre las almas, fantásticamente, como una visión angélica de Klópstock; elevarte á las estrellas, al Imperio de Beatriz y de María, al eterno Paraíso de los ángeles, al mundo de las sombras luminosas, de las sombras inmortales, de las sombras siempre puras, siempre dulces, siempre santas, dónde resuenan como un diluvio de armonias las hosannas perpétuas de los ángeles...!

Rosario, MCMXII.

María Emilia

A Cárlos Octavio Bunge.

. . . . . ¡ ¡ ¡ . . . . ! ! ! ! . . . . . ¡ ¡ ¡ ¡ ¡ ¡ . . . ! ! ! . . . . . . Así vás tú, triunfalmente ágil, como una góndola á vapor. Y el oleage del elogio entusiasta palpita delirante: ¡ todos se disputan el honor de proclamar tu nombre, como desahogando toda el alma en el himno inefable del suspiro! Y en el ambiente ondea algo heroico y marcial, como un desfile de ejércitos . . . Tu gesto altivo, noble y optimista contamina á las muchedumbres . . . ¡ Bien pudiste ser Juana de Arco! . . .

. . . Cual un efluvio olímpico, emana de tu frente fulgurante la Inteligencia: ¡ sol auroral guardado en bujía alabastrina! Y cuando las lágrimas se diamantizan en tus ojos, al contacto del dolor de las heróicas desdichadas de los romances, más que tu corazón es tu mente la que llora: ¡ es tu mente superior que se subleva, imprecando las maldades del Destino . . . !

¡ Eres la dualidad prodigiosa de Eva y Apolo! ¡ Caricia y Estandarte! ¡ Flor y Lira! ¡ Ave y Fragua! . . .

María Esther

A la Locura Olímpica de Nietzsche.

¡Tardes magníficas de Grecia; tardes primaverales!

¡Tardes eternamente rientes, eternamente juveniles!

¡Tardes voluptuosas y sagradas! ¡Olímpicas tardes del Partenón!

. . . Bajo el oro de esas tardes magnificadas por los dioses, van sonriendo los Gentiles, van soñando Sócrates y Fidias. Vibran de amor los jóvenes Gentiles, para quiénes las divinidades son las propias vestales que embellecen la Vida, y los Sacerdotes del Ideal, los Estetas Inmortales, persiguen en el ambiente venusino la mariposa divina de la Línea. Bajo ese cielo delicioso, en aquella Edad de Oro de la Vida, tu armoniosa sombra atravesó . . . De tal modo encantadora, de tal modo embriagadora, que, lleno el corazón de miel y esencias, posible fuera soñar con las Repúblicas Ideales. — Paraísos de la Tierra . . .

. . . Imponiéndote al Polvo de los Siglos, como un retoño de seda y de armonía, levántaste de nuevo sobre el Valle . . . ¡Gemela de las diosas! ¡gemela de los astros!, ¡gemela de las flores!, ¡gemela de las aves!, ¡gemela de la Luz!; ¡en el poema de armiño de tus formas, y en el célico cristal de tus gorgeos, y en tus sueños olímpicos, proclamas la más dulce verdad de la Existencia: la Verdad de la Belleza!

. . . Y en la carrera interminable de la Vida con la Muerte, surgirás nuevamente, — ¡metempsícosis divina del Ideal Inmarcesible!, — levantando hasta el Sol, levantando hasta el mundo de los Hércules soberbios, la gloriosidad astral de tu hermosura; alentando con tu aliento diamantino la visión de la Esperanza; sembrando primaveras en el alma de los Gentiles de todas las Edades, modulando desde el Fondo de los Tiempos la dorada armonía de los clarines eternos de la Gloria!

— —

María de las Mercedes

A la heroica memoria
del sargento Juan Bautista Cabral

¡Sangre y laureles, sangre y jazmines, sangre y cielo, — rebasando un escenario heróico, es el himno triunfal que tu presencia entona! ¡Te llamas Libertad! ¡Eres el gérmen espartano que levanta la frente de los pueblos: la chispa azúl que alienta á los Libertadores! ¡Por tus arterias corre la sangre superior con que se ha fecundizado la Tierra Americana! ¡Eres el Hada Protectora que como una reencarnación del Fénix mágico levantó su vuelo la audaz mañana de Mayo, cirniéndose como un visionario estandarte de esperanza sobre la vértebra abrupta de los Andes!

¡Salve, símbolo heróico de la Patria!

María Isabel

A Unamuno.

¡Raza récia, tu raza; raza viril y noble; raza altiva; raza roja de los frutos hondamente sazonados, cuyas fuentes arraigan en la entraña de los granitos seculares . . .! Y sobre esa fecundidad de roca, sonríes como una primitiva flor sagrada de las praderas bíblicas, cual una resurrección de la musa de Virgilio . . .

. . . Tus grandes ojos obscuros y dulces, sintetizan el vigor y la franqueza de tu sangre vasca, y sin querer, destilas el tormento, cuando ellos se avivan como infiernos agarenos, al compás alegre de la jota, dónde la gracia española se condensa . . .!

. . . Robustas como el roble, ardientes como el clavel, armoniosas como la fronda, sencillas como la campiña, las mujeres de tu estirpe saben del hierro y de la miel: ¡miel y hierro que en tí se suman: en la letal bonanza de tus brazos fuertes y en tu corazón cariñoso de palòma . . .!

María Luisa

A Eduardo Talero.

. . . ¡Corales y armiño, corales y esencias, corales y púrpura, — invadiendo de pompa y de bálsamo las ocultas moradas lujosas de los piratas, — enorgulleciendo las playas y la mar con la magestuosidad de su imperio, — enloqueciendo á los bravos y voluptuosos domadores de bergantines, — es la oriental alucinación que evocas, ¡oh byroniana sultana cautivadora . . . !

María Regina

——

A Ricardo Jaymes Freyre

. . . ¡ Eres la Santa Inquisición de la Belleza !

. . . ¡ Hay mucha tortura — mucha miel y mucha hiel — en tus encantos venenosos de diosa prepotente ! ¡ Hablan tus acciones, pero no hablan tus ojos, y tus acciones hablan confusamente, dispensando olímpicas alternativas de Luz y de Sombra ! ¡ Dicen *sí* y dicen *no* : dicen todo . . .. y no dicen nada . . . ! ¡ Tal la suave melodía de la Sirena, atrayendo á las profundidades fatales, mientras el hosco rumor de alta mar hace presentir el trágico desenlace . . . ! ¡ Ira y odio sienten las almas que te aman, por que las arrastras al divino martirio . . . ! Y van ciegamente á la muerte, por que la vida que las haces vivir un instante es divinamente feliz !

. . . ¡ Y en tu cuerpo gentil aún juegan ingénuas dulzuras de la Infancia, y en tu risa jovial ríe la Primavera, y en tu bruñida cabellera resplandecen los astros, y en tus grandes ojos bellos se enseñorea la magestad, y en tus miradas enigmáticas está oculto el Infierno . . . !

———

María Teresa

A Leopoldo Díaz.

. . . ¡ Mármol y sangre, mármol y fuerza, mármol y flores, — es la encarnación romana de tu belleza y de tu gracia ! . . . Y en un fondo neroniano de columnatas y de parques, de cétros y de ejércitos, de vencedores y de vencidos, de vasallos y de privilegiadas . . . . ¡ éres la Emperatriz Triunfadora ; la torturadora venusina de los sensuales Emperadores !

María Valentina

A José Enrique Rodó.

. . . ¡ Como una formidable eclosión olímpica, — innenarrable, delirante, bulliciosa, riente, — acaba de pasar la gran tempestad humana, que hiciera del mundo un polícromo océano fragoroso ! ¡ Como una inmensa nube triunfante y marmórea ,disuelta en el Infinito, acaba de morir la Risa Colectiva !

. . . ¡ Tú fuiste diosa de esa eclosión olímpica, rayo divino de esa nube triunfante ! ¡ Tu sér delicado y fino, — esbelto minarete de marfil y de flores, ungido de esencias primaverales, — fué ave tierna que trinara serafinescas armonías seductoras, velando la torpeza desbordada del alegre dios cómico ! . . .

. . . ¡ Tus ojos ! — de sublimidad infinita y serena como el Azul;

¡ Tus mejillas !, — sagradamente anhelables como la Hostia;

¡ Tus labios !, — que hubieran abrevado, sin envenenarlo . . . , la sed del Crucificado;

¡ Tus manos !, — inmaculadas como boyeros;

¡ Tu vida toda !, — inefable como la Promesa de Dios:

. . . todo éso aún sigo viendo, cual el cegante deslumbramiento del Sol ! ¡ Y aún oigo tu carcajada distinguida, pu-

ra como el canto interminable de los pájaros felices ocultos en la esmeralda perfumada de la fronda selvática . . . !

¡ Oh, Primavera !

¡ Oh Juventud !

¡ Oh, Belleza !

¡ Trilogía Triunfal del Universo ! . . .

¡ Tú éres Luz ; yo sólo soy Reflector !

¡ Tú, Astro ; yo sólo Onda !

¡ Tú, Flor ; yo, sólo Céfiro !

¡ Tú, Mujer ; yo, sólo Poéta !

¡ Tú, Alegría ; yo, sólo Ensueño !

¡ Tú naciste Angel ; yo á penas soy Criatura . . . !

Y bien :

¡ Que tu alma siempre sea Aurora !

¡ Y cuando el Invierno, — monstruo implacable, amargador de la Vida, — se entronice como un fantasma, que tu corazón sea bálsamo tibio para todos quiénes miren tus ojos : bálsamo vivificador que haga florecer la Alegría allá dónde amenace enseñorearse el Dolor . . . !

María Victoria

A la memoria de Adán Quiroga.

. . . ¡ Nacar y oro, nacar y rosas, nacar y violetas!, — fulgurando sobrehumanamente como la Custodia en las magas tenuidades del incienso y temblando vestalmente en el laberinto de la Vida, como la virgen cautiva blanca llevada en procesión idólica por la cobriza tribu vencedora, — traes el recuerdo violento de la deificación antigua, ¡ oh virgen casta, gloriosa legionaria de las huéstes nazarenas . . . !

Melitona

A Vargas Vila.

¡Eres la Belleza que es, á la vez, Maldad!

¡Eres el Abismo que es, á la vez, Trono Radiante!

¡Eres el Crimen que es, á la vez, Felicidad!

¡Te llamas Laura, Sirena y Enigma! ¡Eres infernal, al propio tiempo que divina! Tu patria es la Vida, la Mar y el Desierto. ¡ . . . Siempre lo indescifrable, siempre lo insondable, siempre lo misterioso . . . !

. . . Tus víctimas se glorían de encontrar la muerte. Van en tu pos. . . . pero Atropos está en la mitad de tu camino: ¡mueren sin conocerte . . . ! ¿Eres la Luz, éres Dios, eres el Más Allá . . . ? ¡Has nacido para ser aliento artificial de los Moribundos . . . !

. . . ¡Salve, Misterio! . . .

Olga

A Leoncavallo, autor de Pagliacci.

. . . ¡ El Arte ha sido demasiado malvado al modelar tus formas y tu alma . . . ! Sí: ¡ ha sido demasiado divino, demasiado perfécto ! ¡ Ha tocado la cumbre más alta de la Adoración y del Misterio que llevan á la Locura: que en la Religión se llama *Dios*, y en el Amor, *Carlota* . . . !

. . . ¡ El Arte, al modelarte, se ha olvidado de la Locura y del Dolor ! ¡ Eres Angel y éres Fiera ! ¡ Eres angelicalmente crüel ! ¡ Divinamente crüel, como todo lo inaccesible: como Dios, como los Astros, como la Muerte . . . !

. . . ¡ Eres lo Imposible ! . . . ¡ ¡ Lo Imposible . . . ! ! . . . ¡ Ah ! ¡ Eres la Aspiración Divina, que en la Religión iluminó á Jesús y en el Amor, enloqueció á *Werther* . . . ! ¡ Al bondadoso y escéptico *Werther* . . . ! *¡ Carlota* . . . ! ¡ Ah ! ¡ Divinizadora y crüel ! ¡ Angel y Fiera ! ¡ Angelical é infernal ! ¡ Criatura Divina que de tarde en tarde electrizas los siglos, primaveralizando las más de las almas y martirizando divinamente á unos pocos . . . !

. . . *¡ Carlota . . . !* . . . *¡ ¡ Carlota . . . ! !* . . .

Petrita

A David Peña.

. . . Fina, delicada y sutil, — toda llena de gracia, — sintetizando en tu forma externa la seda de tu inteligencia, insinúaste como un perfume, dominando como una estrella . . . ¡Pequeñita y enorme, familiar y formidable, á un tiempo! Pura y luminosa como una evocación helénica, tus sueños son serenos: minarete de Ideas desde dónde te abismas en la contemplación borrosa de los Siglos, escrutando más allá, más adelante, la indudable Realización del Porvenir . . . Como gatitos sumisos, dormítanse los libros en tus manos, en tus manitas indescifrables, cuya dulce tibieza sojuzga los corazones . . . Y en tu salita silenciosa, y en las galerías rumorosas, y hasta en el aula atenta, difundes tu sonrisa robada á la Yocconda . . .

Rita

A José María Vélez.

. . . ¡Ante tu esbeltez triunfante de cisne de armiño y de llama, hija diamantina de un lago nacarado en cuyo fondo duermen el sueño de los siglos los esplendores que lo orlaran, el alma entrevé la época pomposa de las festividades gloriosas de las galas! La nube blanca de las Heroicidades Medioevales, dominando un cielo infinitamente negro, reverbera maravillosos fulgores, estremeciéndose en el recuerdo como un enorme boyero de la Noche . . . Y en el seno de esa nube, en el álbico plumaje de ese fantástico boyero, dónde resplandecen corazas, cascos, lanzas, sables, laureles y hazañas, ¡éres la fascinadora Dama excélsa de la Trilogía Suprema, premiando con tu primaveral sonrisa el esfuerzo valeroso de los heroicos Caballeros . . . !

Rosario

Al alto recuerdo de las Patricias Americanas.

¡El Orgullo Humano canta en tí un himno omnipotente! (El Orgullo, — no la Vanidad: la repugnancia de lo grosero, — no el embelesamiento narcisiano: la pasión por la estética de la Naturaleza y de las almas, — no el egoísmo prepotente . . .).

¡Tus sentimientos y tu sér son la cristalización del Refinamiento Máximo . . .! (Y si hasta hoy ellos son conquistables sólo en el Nucleo Privilegiado, tuya no es la culpa . . .).

¡Eres la purificación diamantina de la mina!

Siendo *Amalia*, padeciste la tortura de la tosquedad repugnante y la grosería insolente . . . Con tus símiles, las fidalgas aristocrátas Unitarias, cinceladas é inefables, recibiste la afrenta, — que ofende y mortifica, pero que no mancilla, — de la hosca, sanguinaria y demagógica Mazorca . . . ¡Y tus ojos, tus ojos celestiales, ¡que son tu alma misma! ¡tus ojos, que tienen la dulzura melancólica de las caricias de una madre convaleciente y la ternura ingenua de los ojos de un angel, se horrorizaron bajo la tempestad de sangre de la Tiranía, como los ojos angelicales del cordero, — inocente y blanco y silencioso, — al ver afilar la chillosa y relumbrante cuchilla victimaria . . .!

. . . Y en el seno del nuevo rumbo luteciano, éres un blanco mirlo entreverado con una tumultuosa caravana de vibrantes golondrinas, — sonrientes siempre, ¡ siempre sonriendo bulliciosas á la alegre Primavera !, — proclamando orgullosamente con tus ojos celestiales la nostalgia de la Era Romántica que se vá . . . !

———

Rosita

A Victor Domingo Silva.

¡. . . Como la ascensión serena de una estrella, dominando el rencor de las tormentas; como un lirio indefenso, protegido por invisibles providencias, en la soledad impía de las nieves; como una tórtola orfandaria, vatida por los vientos en quién sabe qué recónditos abismos, tus breves primaveras se deslizan sobre el mordiente desierto de la Vida realzando la dulzura luminosa de tu espíritu sublime . . .!

Sara

A Salvador Rueda.

. . . Reinando en un concierto de primaveras, acabas de asomar á la Vida . . . ¡Divinas flores que desdeñan la eternidad y el resplandor de las propias estrellas, es la excélsa encarnación de tu beldad y tus virtudes! . . . Y mientras el voraz torbellino de corazones y de ensueños agonizantes y muertos lanza su maldiciente y lúgubre gemido ensordecedor, surges de tu inmaculada niñez con la profunda reflexión de los patriarcas y la santa castidad de las heroinas nazarenas, para ser Sélene en la Noche, Resignación en el Dolor, Virtud en el Vicio, ¡ante cuya celeste magestad, desesperada huye la Sobra y esconde su cabeza tenebrosa en las entrañas infernales de la Tierra . . . !

Selva Argentina

— —

A Salvador Díaz Mirón.

. . . Cuando por el alma cruza una procesión de noches, cargadas de cierzo, de rumores y de polvo, tras la eterna aventura de los manchegos Molinos de Viento; cuando la nave audaz de las aventuradas Conquistas se pierde bajo el misterioso y recóndito horizonte; cuando la mar nocturna sacude su retinta cabellera, bramando con la voz de las tormentas, hay, por fin . . .. una aurora, hay una playa y hay mansedumbre en las aguas . . . Es que imponiéndote á las noches y á las borrascas, te levantas como un Empíreo, ¡oh, tú mi ondina blanca del mar de luz del Paraiso!, flotante la nube de oro de tu cabellera, nimbada por el inmenso Azul, para ser al final de la Jornada la dulce alondra ideal con que soñamos . . . !

Stella

Porta cœli

Al pintor Asti.

. . . El Cielo dió á luz un ángel. ¡Y ese ángel éres tú . . .!

. . . El mundo luminoso de la Leyenda Sacra, cirniéndose más allá del furor rotativo de los mundos, quizo privilegiar á la Tierra, haciendo que nacieras, haciendo que tomaras forma vulgar como el Hijo del Hombre. Y te dió la forma más bella. ¡Por éso éres mujer . . .!

. . . El vergel á que fuiste destinada, ¡lleno está de la dulzura de tus ojos! ¡Llenas están las almas, de tu angélica magestad! ¡Los corazones amargados por el áspero luchar, llenos están de tu resplandor divino, cicatrizando las fatigas, como cicatriza la desesperación de las niñitas casi huérfanas, el chorrito de agua navideña sacada de la grutita del Pesebre, para mojar la frente de su madre moribunda . . .!

. . . .

. . . ¿Qué importa no poder acariciar tus manos con mis manos, cuando puedo acariciar tus ojos con mis ojos, dulcificando mi propio vivir?

. . . ¿Qué importa la Muerte, la Nada Originaria, habiendo en el Tránsito de la Vida luz divina? . . .

Teresa

A Manuel Ugarte.

. . . ¡Eres la Luz y la Reflorescencia!

La Luz nace del Dolor . . . ¡Es necesario sufrir, para purificarse! El corazón está condenado á la misma ley divina que hace gemir el aceite sagrado del Santuario, bajo la tortura incompasiva de la llama . . . Ley dura, ¿verdad . . .? ¡No importa! . . . Si el Dolor es la eterna Selva Obscura que aterrara al Dante, ¡la Ilusión es la eterna Primavera, resucitando del sepulcro estéril del Invierno . .! ¡Y éres la Ilusión! Tu frente sonrientemente melancólica álzase á Dios y á la Vida, y tu encanto inefable tiene el apogeo triunfal del sol meridiano! Y por que éres la Luz, ¡oh, vestal pagana!, propicias el fuego ardiente de la fecunda y duradera ilusión del vivir y alimentas el crisol cariñoso de la Redención . . . !

Tocha

*A la gloria de los Poétas
Americanos del Siglo.*

. . . El alma terriblemente divina de los siglos medioevales, el alma núnca encadenada por la Duda, el alma heróica y mística de los Cruzados, abrevó su bendita angustia, evocando tu sagrado recuerdo amistoso, — vivificador, y dulce, y süave, como el aroma silvestre de los campos! ¡ Süave, y dulce, y vivificador! ¡ Süave y dulce! ¡ Süave . . . !

. . . Un lejano rumor de voces fervorosas, es la plegaria obligada que tu alma arranca, tal el céfiro musical que envuelve á la propia flor que lo embalsama! Y una inefable transustanciación adquieren las cosas que forman el marco de tu vida . . . ! Y son tus ojos, Manos Maternas que enjugan las lágrimas de los Dolorosos y aplacan las furias de los Rebeldes . . . !

. . . ¡ Sálve, Divino Abrevadero del Mundo! ¡ Sálve, Madre Divina! . . .

Totita

Al alma de Bécquer.

. . . El ángel es un símbolo: es la humana extractación del Cielo, y el Cielo es la extractación divina del Universo. El ángel es la luz etérea del Día y la luz sagrada de la Fé. Y la Luz es Dios. Y Dios es la Suprema Alegría y la Eterna Esperanza: ¡el perfume y la música que mecen el vuelo del Alma en su tránsito doliente por la tierra . . .!

¡Tú éres todo éso, como Criatura Humana llegada al máximum de la Perfección! En el sorteo misterioso del Destino, la Estrella de la Anunciación te fué propicia: ¡un ángel tomó forma corpórea en un áve, — que tiene también la casta blancura de la flor sagrada!

Por éso, tu ausencia, léjos de hundir en dolorosas preocupaciones las almas amigas tuyas (las de tu sangre y las que tienen la dicha inmortal de encontrarte en su camino), las hace levantar al mundo de las consagraciones puras, sus ojos cariñosos y dulcísimos, para rendir inmaculada adoración á tu recuerdo . . .

Victoria

A Gaspar Luna.

. . . ¡Eres la encarnación eval de la Inteligencia! Tu sentimiento es pensamiento: ¡llama que emana más perfume que luz! Las frondas triunfales de los parques; las fuentes estáticas debidas al esfuerzo humano, enrizadas levemente por el vibrar del aire y del suelo; las matas finas sometidas al rigor de las líneas simétricas: todas ellas no solo son testigos leales de las gracias femeniles sembradas por tus símiles, — paraisalizadoras del mundo, inconscientes de su divinidad, como los pájaros y los niños, — sinó también testigos amistosos del meditar diáfano de tus ojcs y del maravilloso recitar de tus labios y de tus manos . . . !

Zulema

A Jorge Newbery, "el poéta de la Energía".

¡Alabastro y acero, alabastro y flores del aire, alabastro y liras!, — dominando gentilmente un glorioso conjunto seminivelado de estátuas marmóreas y de bardos, de gladiadores nervudos y de triunfos, de mujeres esculturales y de fiestas, de multitudes libres y de alegrías: ¡éres el símbolo más alto de la Posibilidad Olímpica que alienta la ruta vibrante de los Héroes é ilumina el último instante de su vida, ¡oh suprema reencarnación argentina de las beldades griegas!

Una viajera

Al alma errante de
Martín Goycoechea Menéndez

. . . .

¡Xixmelia! ¡Divina Xixmelia!

. . . .

. . . Así quiero llamarte, por que una sóla vez te ví en la Vida y núnca oí pronunciar tu nombre. Ni tu apellido... (Eso agiganta y acrisola tu divinidad: tal una estrella, tal un ave, una flor, un lago, una montaña, una obra de arte, una muñeca, un cordero, un minino: ¡tu divinidad está por cima de todo mohoso prejuicio humano . . .!)

. . . Entre el gentío asosegado y pasagero te ví aparecer por vez primera, cual un ave delicada escurriéndose entre el ramaje; cual una estrella invencible perforando una nube. Y mi alma se conmovió: ¡así la Pampa, bajo el diluvio de la Aurora! Y mis ojos no te engañaron. ¿Por éso, acaso, me miraste de igual modo . . . ?

. . . Te ví venir, más abrumadora aún que el amenazador avance del férreo convoy pujante. (El apogeo de luz abruma, como toda plenitud, como todo himno). Te ví venir toda blanca y fulgente, cual una hostia, cual un boyero. Y ál pasar, triunfantes tus diecisiete primaveras, mi corazón semejaba la aguja enloquecida que marca los terremotos . . . Y quedé mirándote . . . ¿Por qué te diste vuelta . . . ?

. . . Y las almas anhelosas de las veraneantes se anticipaban á la locomotora. ¿Dónde estaba tu alma? ¿ . . . En la mía, así la mía en la tuya? ¡Oh, divina conjunción de dos universos!

. . . Y el tren empezó á andar . . ., y mi alma á desesperarse: ¡conocí en un instante la tortura fatal de las cadenas perpétuas y las jaulas! (¿Deliraba? ¿Pensaba . . .? ¿Recordaba de los satisfechos vulgares ó de los geniales proscriptos . . .?). Y cuando un arranque violento de la máquina te alejó bruscamente, ¡tus ojos eternos me miraron con extraña fijeza por última vez . . ., traduciendo acaso un sollozo interno, é inconsolables lágrimas eléctricas histerizaron mis entrañas . . .!

. . . Desde esa tarde de estío, como una golondrina de oro vuelas en la profunda primavera de Mis Sueños . . .

¡Núnca podré olvidarte . . .!

¿Volveré á verte algún día . . . ?

. . . .

Una mucamita

A Joaquín Castellanos.

. . . ¡Carne y Sombra, Carne y Luz, Carne y Cantáridas, — es el electrizante vibrar de tu existencia . . . !

. . . Eres huérfana: ¡ni tus padres ni la Virtud están vivos! La fiebre magdalenesca te tiene vendados los ojos del Decoro Social. Más, tu Corazón y tu Frente están límpios: ¡tu Altivez y tu Conciencia están inmaculadas! No tienes más virtud que la del Trabajo, á la que te empuja, sin que sospeches siquiera, la visión pavorosa del Hambre: ¡la ley de la vida! (. . .¡Talvez esa virtud valga más que muchas!). Te llamas Placer y Olvido: ¡ante el Porvenir, Nada; ante el Presente, Desenfreno . . . ! Eres feliz, mientras tanto: ¡toda embriaguez hace feliz en el Presente!

. . . ¡Ante la Balanza de los hombres, aguzas tus instintos . . . ! ¡Ante la Balanza de Dios, te abochornas de tí misma . . . ! ¡Huyes del Confesor, el único Padre que te queda en la Tierra, por que él te dirá palabras de duda para la Carne . . . ! ¡Huyes de la Hostia, por no profanarla, insistiendo . . . ! ¡Huyes de tu propia alma, buscando el olvido de la Vida . . . !

. . . Por que como entre un vaho de tinieblas veo en tu corazón un tesoro de bondades, mi compasión humana á tí también te alcanza . . . Los viejos sacerdotes también

te compadecen. ¡Jesucristo se compadeció de otra más pecadora . . . !

. . . Blanca de alma, morirás Impura ante tus semejantes, ¡oh, pobre Magdalena . . . !

Una estudiante pobre

A los educacionistas

. . . Estás al pié de la montaña del Esfuerzo. ¡Tu misión es dura . . . ! ¡La porfiada ascensión que en tí comienza, te es mortificante! . . . Tu horizonte tiene la engañadora crüeldad de los espejismos . . . ¡Eres la Primera Compañía de un ejército que entra á guerrear con desesperación, con ira y esperanza . . . ! Sabes apreciar los esfuerzos de tu madre ¡y éres hija del Amor Pasajero . . . ! ¡Sabes de tardes tristes , de privaciones, de alimentos insuficientes, de escasos abrigos colegiales, de siestas abrumadoras, de noches frías, de madrugares dolorosos, de deberes extenuadores! . . . La Escuela tiene para tí mucho de la tortura de la Fábrica . . . ¡También éres una obrera mártir!

. . . El Himno Nacional puéblate el corazón de auroras y espejismos . . ¡ De espejismos . . . y de decepciones . . . ! *¡Igualdad, Igualdad, Igualdad*! ¿ . . . Eh? ¡Ah . . . ! ¡Sarmiento! . . . ¿Se imaginaría el Loco Ególatra el sufrimiento que les esperaba á las semillas sensibles de trigo intelectual, para quiénes el surco trabajoso preparara? ¡Seguramente se anticipó á llorar y á blasfemar . . . ! Y, de estar vivo . . . , ¡te consolaría con su invencible amparo de monstruo! . . . ¡Yo también estoy de tu parte . . . ! ¡Adelante! . . .

Una niñera

— —

A la memoria de "Fray Mocho"

. . . Evoco á tus antepasadas ordeñando junto al chiquero, haciendo mamar á los cabritos guachos en dos ó tres amas. ¡Guapas, ingénuas, satisfechas, maternales! Y los días cortamente largos y despreocupados de tu infancia virgiliana, llena de terneros y de reses . . .

Fresca, salubre y dulce, como una sandía bien madura, tus dientes son granos de maiz nuevo; tus ojos, consoladores y francos, como una represa en tiempo de sequía; tu seno, tonificante como una frazada caldeada de sol invernal; tus mordiscos y tus besos cándidos y largos, campestremente sabrosos y tibios, como la leche al pié de la vaca . . . Y hay en tu olfato nostalgias de la hediondez sexual y agradable del corral y del aire fresco, oloroso y mudo de la madrugada . . . Y no te dá vergüenza de andar, á veces, descalza, y cruzar así . . . . la calle, yendo á la casa vecina, no obstante tus dieciocho virginales primaveras. (Y tus piés, blancos y limpios, sin pudor urbano, sin malicia arrabalera, me cantivan, tal los de las niñitas ricas que en el verano se descalzan).

Desde muy chica fuiste Madre de tus propios hermanitos, cargándoles en tu cadera pletórica, con las falditas lle-

nas de tierra. Y al niño ajeno, rubio y rosado, que todo el día lo tienes en los brazos, lo amas como un perrito, como á un novio ó como á un Dios. Y no te olvidas de tu mama, de tu tata y de los chicos. . .

Una romántica

— –

A don Pastor S. Obligado y al doctor Juan Agustín García

. . . Explosión de risas mundanales, de rojas alegrías, de jovialidad infinita, en este día, para aquéllas que contigo fueron besadas en la Celeste Cuna por la Luz Universal: mientras tú, ¡oh filósofa inefable, dulce discípula del Mártir de la Cruz!, buscas en las sombras la Luz de la Vida, por que allí sabes llevarla, bebiendo allí los propios resplandores de tu espíritu . . . Y como esas flores, sútiles hijas de las tristes sombras, que dan su último suspiro de alegría no bien la acaricia el beso puro de la Aurora, tú también abandonaste al mundo tus alegrías infantiles, — testigos de las cuales solo fueron los ángeles que velaron tu niñez, — cuando el mundo bullicioso te brindara sus placeres saturnales . . . Es que como esas flores, Viajeras del Valle de la Vida . . . , no necesitas del irritante acicate de la embriagadora vanidad ni la roja alegría, para llevar triunfante hasta la Celeste Cumbre el lema sagrado: Casto Amor, Fé, Resignación y Esperanza . . . !

Una huérfana

— Así como Dios es adorado en la Eternidad y en el Infinito, y el Sol es contemplado en la morada augusta de la Inmensidad, desde dónde lanza á los planetas sus fulgurantes dardos de oro, ¡debías tú también ser admirada en el seno magestuoso de la Creación! — Para absorber por primera vez en el alma el misterio de tus encantos, era preciso la imposición avasalladora de las montañas y la abismadora sugestión de los abismos, ¡grandioso altar ofrecido á tu déica imágen, y ajigantado por el torrente de auroras derramado de tu casto espíritu, cual la Reina de las Vírgenes volcando su luz divina desde la más alta Cumbre de los Cielos! —

El misterio que encierras, impone la adoración: tu nostalgia angelical tiene la magestuosidad de lo sobrehumano: ¡engrandeces las almas que á tí se rinden y sublimizas con la celestialidad de los querubes!

¡Es que tu corazón de ave ha rozado los abrojos de la Vida; es que tu frente de niña entiende de crespones funerarios; es que tu faz de ángel tiene ya la dulce severidad de los patriarcas; es que en tu lecho de vírgen pesa el vacío enorme de la Orfandad! —

El Supremo Hacedor tiene á veces la dureza implacable de los tiranos, rodeando de sombra y de dolor las almas más puras y sensibles. ¡Su Omnipotente Mano ha acariciado duramente tu juvenil cabecita, imponiendo á tu tierna alma nostalgias paternales y fraternas! — Empero, es la dura prueba á que Dios somete las existencias más privilegiadas, para que más intensamente brillen la Virtud y la Fé: ¡es el eterno ejemplo de la Madre del Mártir, padeciendo las angustias del Calvario! — ¡Bendito sea Dios por sus sentencias siempre sublimes!

Una obrerita

A Alfredo L. Palacios.

¡Un delirio de edificios fatiga los horizontes . . .!

¡Vibrantes, como ríos de hierro, prolónganse las calles . . .!

. . . Allá vás tú, segura en tu honradez, asediada por la serpiente inmortal de la Malicia . . . El babilónico crepúsculo se eleva. Sales recién de tu trabajo, recién vuelves á tu hogar, donde tu madre con pasión te espera. Como los claveles semi-alegres en los tarros herrumbrados, floreces en tu hogar modesto, y como los mandarinos, con ser delicada y bella, rindes la dulzura de tu fruto. ¿Tu salud se resiente . . .? . . . No hay para tus anhelos de Vénus hacendosa la amable blondanza de los jardines solariegos, ni el bálsamo de los vestíbulos brillantes . . .

. . . Vibrante de faunálicos deseos, seguía el grupo nervioso en el cual tú ibas, — creyéndolas grisetas, creyéndolas Fantinas . . ., — allá en el torrente electrizado de la City; y al ver cómo, cuadra tras cuadra, á medida que penetrabas en tu barrio, — honesto, y grave, y doliente y trágico, — desvanecíase tu andar grisetesco, plasmado al influjo de las excitaciones del mundo y de la moda . . ., — ese baño demimondenesco, que perjudicándote te realza, —

fué apoderándose de mi alma una como religiosidad de cariño. Y luego que tus compañeras se alejaron, al verte pobrecita y seriecita, caminando sola, sentí por tí más cariño, sintí por tí mas piedad . . . Y al verte entrar en tu casita pobre, demasiado pobre . . . ¡ah! . . . ¿qué me pasó . . .? . . . Al volver en mí, tras un breve desmayo de un segundo, me encontré sollozando . . . Y en aquel anochecer tranquilo y tibio, todo sollozante, tuve el ánsia fraterna de convertirme en el Clarín de los Siglos y atormentar á las estrellas con mis gritos . . . !

Una monjita*

A Enrique Rodriguez Larreta, —
autor de "La gloria de don Ramiro".

¡ Bendita seas, vírgen inmaculada ! ¡ Eres la Escala Sagrada tendida entre el Misterio de la Vida y el Misterio de la Muerte !

¡ Tú no éres del Mundo ! ¡ No éres Mujer, sinó símbolo celestial de la Purísima ! ¡ Te protege la grandeza sagrada de la Cruz, y tu inocencia es como la del cordero ; y tus manos, — blancas como dos boyeros, — castas como las de los niños y dolorosas y puras como la espalda de los Mártires ; y tus ojos, como el Santísimo Descubierto, que divino se difunde para volcar lumbre consoladora ; y tus lábios, como las campanas del templo, que sólo rezar saben ; y tus rodillas, como las manos de los mendigos humildes y como las miradas suplicantes de los amantes desdichados ; y tus huellas, benditas, como el lecho de los moribundos ; y tu pureza, santa ; y tus Hermanas están en la Gloria del Señor ! . . .

Las que contigo jugaron en la infancia, bullen hoy en

---

* Era una monjita jovencita, bonita como un arcángel: una de esas celestiales princesitas del gran mundo, que quién sabe por qué, un día melancólico y estupefácto para la sociedad en que actúan, se las vé tomar el hábito, amortajarse en vida, enamoradas de Jesucristo, buscando con anticipación la Vida Eterna, en una ultraterrestre similitud de angélicas Julietas. Por que un día que, yendo triste por la calle, me miró con una dulzura que me llegó hasta los huesos, me enamoré de su sombra sagrada. Desde esa mañana, no he vuelto á verla núnca...

todos los paseos y son la Alegría del Mundo . . . ¡Yo evoco castamente tu infancia mística, llena de querubines y de santos! ¡Y evoco tu alma, ajena en absoluto á las Cosas Terrenas! ¡Y te llamo Hermana Mayor y Madre Celestial de mis Musas! ¡Y prefiriera yo ser un áve fina que te cantara inefablemente toda la vida, oculto en el ciprés grave del convento y no Emperador que te hiciera Reina! ¡No! ¡No te quiero Reina, sinó Vírgen! ¡No te quiero Todopoderosa en el Mundo, sino Sagrada en el Claustro! . . . Tú no éres Placer, sinó Penitencia; no Salón, sinó Celda; no Paseo, sinó Capilla; no Mundo, sinó Gloria; no Manjar, sinó Hostia; no Amor, sinó Adoración! ¡Por éso éres para mí como mi madre, como mis hermanas, como mis sobrinitas, como las niñitas inocentes, como las enfermas! ¡Y, más todavía, casi tanto como la Vírgen . . . !

. . . Y en un instante de supremo delirio, mi antigua fé se enseñorea sobre mi sabiduría y te contemplo en el Cielo, entre la innúmera Multitud Alada de arcángeles y santos, dónde los veo á mis hermanitos muertos! ¡Y siento deseos de morir . . .. para entrar Allá, yo también . . .. Algún Día, aunque para ello tuviera que purgar antes mil millones de siglos mis Errores . . .!

Córdoba, MCMVII.

Rumores de la Selva

Dos violetas..., dos tórtolas..., dos corazones...

A la memoria de Cárlos Romagosa y María Haydée Bustos.

¡ Dos violetas !

¡ Dos tórtolas !

¡ Dos corazones !

¡ Dos violetas ! ¡ Gemelas simbólicas, en cuya sonriente agonía sellan la divina concordia de dos almas, angelicalizando el ritmo de sus propias palpitantes tumbas . . . !

¡ Dos tórtolas ! ¡ Recíprocamente propias, eternamente inseparables, así al agigantar la Creación las auras primaverales, como al sepulcrizar la Selva los hielos del Invierno . . . !

¡ Dos corazones ! ¡ Julieta y Romeo, unidos por los siglos de los siglos : Conjunción Solar, á cuyo vivificador impulso germina la Esencia Sagrada, que es ave tierna en la mirada . . ., y embriagadora flor en el beso . . . !

La hija del patricio

—

A los señores don Baltazar Olaechea y Alcorta y don Federico C. Lannes.

. . . ¡Una paloma . . . !

. . . A la vera del Sendero del Combate, sueña una paloma . . .

. . . Sueña bondadosamente . . . Sueña el sueño fiel y amable que en la Era Doliente de la Patria soñaran las matronas de su raza . . . ¡La Era Gallarda, la Era Idealista, la era de las locuras heróicas y los sagrados desprendimientos, dónde se alzara como un incendio de pujanza redentora de los Héroes!

. . . Muchas veces, al arrullo de su canto, cobró nuevas energías el alma del Pensador y del Guerrero . . .

¡ . . . Esa paloma es tu alma . . . !

Blanco es tu plumaje . . . Azules las plegarias que de tus sueños se levantan . . . ¡Condensación inefable de quién sabe qué infinitas misericordias! . . .

. . . .

. . . . En plena lucha, — en pleno paroxismo tenebroso, — en plena rebelión humanitaria, — en pleno juvenil desbordamiento, — en plena noche, — en pleno desconcierto, — talvez en pleno desengaño . . . ., — envuelto en la misma nube atroz de los Príncipes Negros del Pensamiento Contem-

poráneo, sin más brújula que el Dolor del Hombre, imbuído de todo lo que hay de doliente, de trágico y rebelde en la Civilización en Marcha, — . . . te encontré un día en mi camino . . . Y harto de desesperanza, aprendí de tu ejemplo la suprema lección de la Esperanza, — y de tu bondad, la Prudencia, — de tu humildad, la Constancia, — de tu silencio, el Perdón, — y de tu suprema dulzura, la Serena Visión de la Existencia . . .

Visión de la alondra

Al alma de Mitre.

. . . El Hombre es demasiado "terreno" para condenar eficazmente al Hombre. La mano del Preferido de Dios no alcanza á eclipsar en el alma la sugestión de las armonías avasalladoras del Universo. ¡No es la Persecución Humana quién ha de congelar el Corazón y erializar la Mente!. . .Allá en la Soledad, dónde el Dolor parece estar entronizado, la mujer de corazón y de talento manantializa la Ilusión y paraisaliza la Vida, cual primaveral delirio de liras divinas, ¡más reconfortante que el violento himno heroico de acordilleradas nubes níveas, vetando lo Azul como eclosión de mármoles fantásticos, y más dulcificador que el temeroso himno melancólico del lagrimeo de las estrellas . . .! La compañía ideal de las más perfectas Evas es el sagrado abrevadero del Super-Hombre! . . .

Dos árboles en la nieve...
Dos corazones en la vida...

A Benjacho Feijóo.

¡Dos árboles en la Nieve! ¡Dos corazones en la Vida! Los unos desdeñan la opresión torturante de los Hielos; los otros desafían las contrariedades martirizadoras del Destino . . . Los *fjords* formidables y montruosos, dentando pavorosamente el horizonte polar, y los rumores venenosos y desalentadores del mundo, son impotentes para destruir la dicha de dos existencias que se adoran . . . ¡Es que el Amor es la más sagrada, la más grande y la más grandiosa de las ilusiones! . . . Y cuando El abandona su ardiente nido de latidos y suspiros, el sér humano es un cadaver que desdichado ambula . . . (¡Amemos!, ¡amemos siempre!, amemos sin mezquindad hasta la tumba!).

¡Tú, que éres manantial de Luz, sigue siendo siempre Faro en el Océano de las Almas . . . !

Dios, la Patria y la Mujer

A Francisco López Bustos.

El alma siente emociones sublimes en presencia de lo grandioso. Ante el altar de Dios, en horas de místico recogimiento, reconfórtase la ilusión; ante el altar de la Patria, delirante de fraternidad, lánzase á la lucha heroica; ante el altar de la Mujer, ¡de la mujer virtuosa!, elévase á las celestes regiones del amor. . .

Alegoría de la Niñez y de la Muerte

A los doctores Adolfo Leguía y Eduardo Maggio.

. . . El ciego dios Atomo, en la transmutación consoladora de la Noche que se Redime, comulgando la sacra Luz de lo Insensible, tiene su trono augusto que es aurora en la tiniebla: ¡la Gran Noche del Gran Universo Insensible, la Noche, que no llora, la Noche que es Luz! Pero hay algo más sublime: la Luz Inmaculada bañando el Valle, tendida cual la túnica purísima de Dios, dónde una eterna sucesión de auroras congrégase en Empíreo, y en que ofician celestial rito divino los querubes de la Infancia. . . !

Después de aquel carnaval...

A Honorio A. Yolde Villar.

Hombres:

Sigamos amándola, amándola hasta el cariño sagrado, á la mujer con quién tuvimos nuestro amor más grande. Sólo así no nos torturarán los recuerdos del Pasado . . .: sólo así soportaremos las desdichas del Presente . . .: sólo así seremos duraderamente felices en el Futuro . . .: sólo así tendremos en la Vida una celestial ilusión purificadora, que sea para nuestro corazón y nuestra mente, lo que para los primitivos navegantes de la Vía Láctea . . .!

A una pareja feliz

A don Adolfo del Castillo y doña Eduarda Fúnes de del Castillo.

. . . ¡A vosotros no debo deciros "¡Feliz año nuevo!", — palabras rutinarias que no cambian el rumbo de la Vida, — por que el día universalmente solémne para la civilización cristiana, cuyo aniversario celebramos, no es para vosotros una mera ilusión que luego se desvanece . . . ¡Felices sois siempre, por que habéis firmemente construído la felicidad sobre un formidable cimiento de cariño y filosófica prudencia!

Tócame sólo, para ser más verdadero, saludaros cordialmente en el gran día de sublimes emociones . . .

A la dueña de un álbum

Al doctor Felipe S. Giménez.

Distinguida señorita:

Satisfago gustoso su pedido. (No digo: su exigencia mental). Agradézcole lo primero; perdóneme usted la posible imposibilidad de lo segundo . . .

El placer tiene á veces la intensidad quemante del sol. (Por éso hay momentos placenteros que en el recuerdo tienen la obstinación de los manantiales). ¡Yo he experimentado ese placer! A su amabilidad le debo. (Perdóneme el restringido concepto escéptico . . . Sí: ¡á su amabilidad!) La Amabilidad es la luz distante de las almas refinadas: fulguración lejana, bendita salvadora de la Distancia. Las Relaciones Humanas, como las sombras, permiten á penas el fulgor lejano: ¡es imposible llegar hasta los astros!, ¡es difícil, las más de las veces, gozar el contacto auroral de muchas almas excélsas!

Declaro plenamente: por ley social, como por ley física en el primer caso, sólo me es dado sufrir en mi carne, en mi carne cerebral, y como se sufren la luz ó la dicha demasiado intensas, el incontenible estileto de su diamantina amabilidad . . .

Al primer hijito de un amigo de mi infancia

—-—

A Olavo Bilac.

. . . Como en la vida de los jazmines, en tu vida, la Cuna y la Tumba se han conmunicado por una secreta corriente de tierno cristal líquido, y el rumor inefable de las fuentes angelicales de la primera se confunde con el rumor angelical de los coros sagrados de la última. . .

. . . Aún fulgura cegante la triunfalidad llena de ensueño de dos corazones que no ha mucho unieron sus destinos en el altar nupcial, y el éco de tu llanto inocente aún repercute en plenitud de gracia en el santuario querubinesco de la pila bendita, . . . y ya se oye, allá muy alto . . ., y ya se vé, allá en lo Invisible . . ., una silenciosa é incorpórea legión celeste, descendiendo á la tierra, cual colúmna de etéreo incienso, á custodiar tu ascensión . . .

. . . Y una lluvia de flores blancas humedece de ternura tu blanco lecho mortuorio, y la blanca angustia de tus padres asegura tu blanco recuerdo inmaculado, y la blanca estupefacción de los niños ofréndate su blanca despedida ingénua, y los que ya conocemos el Dolor, y la Lucha, y las distintas formas de la Fé, en la Vida, te vemos partir blancamente, dulcemente sensibilizados por una blanca melancolía blanca . . .

A la "ñatita" en su primera comunión

A los R. R. P. P. Pacífico Otero, Pedro Miranda y Bernardino Arturo Ascensio.

. . Dos meses, solamente . . .

Sólo dos meses de vida tenías entónces . . .

Tendida sobre un cuerito de león, sonreías al Infinito: en ese limbo blanco de los niños, sin Dios, sin Mundo, sin Alegría, sin Dolor, — blanco limbo de angelical inconsciencia . . .

(Imponiéndose á la niebla de los días lejanos, á la cabecera de mi cama sonríe en esa forma tu retrato).

. . . Ahora, vas siendo ya una niña . . . Vas ya sabiendo lo que vale una madre . . .

Más de dos lustros ha volcado desde entónces la ampolleta del Tiempo su finísima arena, mientras á la rivera de tu río se han desencadenado las más amargas tempestades . . .

¿Quién lo hubiera dicho . . . ? ¿Es posible, por ventura, ¡Dios Omnipotente!, saber el curso de los vientos . . . saber el curso de las almas . . . ?

. . . ¡Luz . . . , luz . . . , venturosa luz del Presente feliz nimbabate entónces! ¿Pero dónde, hijita mía, se han

visto auroras eternas? ¡Sólo las auroras divinas de la Esperanza, radiantes de ascensión! . . .

. . . Todo era blanco en torno de tu cuna. Dios estaba más cerca de los tuyos. Más tarde sabrás que atempestarse, que entenebrecerse, que enceguecerse, que perder el dominio de sí mismo, es seguir el camino del Abismo . . . Pero si es á veces así la Vida, ¿por qué hemos de consternarnos? Si la Vida es una sucesión de accidentes *dominables* ó *dominadores*, ¿por qué hemos de acusar al Destino? Miremos mejor nuestra pobre naturaleza, juguete del vaivén universal; sírvanos de lección y de faro la pena de los otros, y amemos con misericordia á los que sufren . . .

¿No te parece así, mi hijita?

. . . .

. . . Un coro dé ángeles se balancea invisible sobre las tinieblas del Dolor . . .

. . . Han escuchado tus plegarias y vienen en tu busca, á enseñarte la inefable y blanca sabiduría de los cielos . . .

. . . ¡Bienvenidos sean los séres musicales y dulces . . . !

. . . ¡Bienvenidos sean los séres ideales é invisibles que ofrendan á la flor del alma el rocío divino de la Fé, la Pureza y el Perdón! . . .

. . . Y, más adelante, cuando mires la Vida de otro modo; cuando quiera el polvo mordiente del camino obscurecer tus cendales y tu espíritu, — que los ángeles de hoy vuelvan en tu busca, como una ronda de mariposas celestiales: que el ara santa sea la fuente sagrada de las supremas resignaciones y las supremas virtudes, y tú el hada inefable de las concordias benditas . . .

Sobre la moldura de mi ventana...

—

Al poeta español Vicente Medina.

. . . Sobre la moldura de mi ventana, mis hijitos pían
. . . Mis hijitos pían finísimamente . . . , angelicalmente . . .

. . . En plena fachada estilo italiano, alegre y alada. También los pajaritos se dan el lujo de los hombres. Pero, por Dios santo, ¿quién advierte su presencia . . . ? ¿Qué representan ellos, los pobrecitos, entre el torrente rugiente de la vida urbana . . . ?

. . . . Día de Fiesta . . . Día de Descanso . . . Para mejor, día de Navidad . . . Solemne y sagrado día de mi cumpleaños . . . Día en el que hace ya muchos soles llegué llorando al mundo . . .

. . . Léjos de todos los míos, entre almas nuevas para mí, que tienen la aspereza del mimbre desnudo para las carnes del niño, no sé qué nostalgias siento . . ., y miro el cielo, buscando en los aires la sombra de los míos . . .

. . . 2 de la tarde . . .

. . . Después de almorzar, sueño en el balcón, apaciblemente entregado á pensamientos viriles é inconscientes . . .

. . . Un día blanco, blasonado de nubes indolentes . .

Un ambiente tibio, tranquilo, ensoñador . . .

. . . Algunas mariposas en la calle, subiendo y bajando en un constante devenir . . .

Algunas golondrinas en los aires, desplayándose tranquilas . . .

. . . En aquel edificio nacional, sobre los tejados multiformes, la bandera de mi Patria . . .

. . . Otras banderas, de colores distintos, muy familiares á nuestros ojos, flameando tranquilas al ritmo de la brisa, sobre el parapeto de las casas, con la misma libertad con que sonrien al Sol allá en su lejano suelo originario . . .

. . . Una arañita desciende de uno á otro barrote de la persiana. Es tan chiquita, que no sé qué siento, temiendo que algo le pase . . .

. . . Pasa para la matiné una linda chica de quince años, acompañada de su hermanito y sus hermanitas menores . . . Y más atrás, viene con su hermanito mayor otra chiquilina de trece años, delgada, ágil, muy bien formada, que cuando sea grande será una mujer espléndida . . .

. . . Entra á la lechería, llevando con armonía bíblica su jarra, una mucamita de formas tentadoras . . .

. . . Y cruza un coche vacío por la boca-calle . . .

. . . Y una vieja del pueblo, toda de negro . . .

. . . Y unos marineros . . .

. . . Y un grupo de chicos traviesos . . .

. . . Y un coche con una familia . . .

. . . Allá se ven venir tres niñas de diecisiete años, — muy contentas . . .

... Pasa al trote largo un carro lechero . . .

. . . De este otro lado asoma una galleguita endomingada, con su *primo* . . .

. . . Juegan al foot-ball unos muchachos . . .

. . . Un perro huele y molesta á los que pasan . . .

. . . Viene una larga fila de gringas y mujeres del pueblo, con sus chicos en brazos y á medio caminar . . .

. . . Y más allá, gentes de trabajo, endomingadas . . .

. . . En un coche que vá de prisa, pasa una pareja sospechosa . . .

. . . Leo en la ventana verde luz de mi cuarto, mi nombre, escrito por los chicos de la casa . . .

. . . A las tres cuadras asoma un tranvía . . .

. . . Una bandada de gorriones vuela sobre los parapetos . . .

. . . Pasa un automóvil . . .

. . . Vuelan tres palomas . . .

. . . Sueña, rayado de mástiles, el río . . .

. . . Más allá, el verdor brumoso de las islas . . .

. . . Una densa boconada de humo obscurece todo . . .

. . . Cortante como un mandato, cruza una lanchita á nafta . . .

. . . En la casa de altos de la cuadra siguiente entran y salen al balcón las dos encantadoras ruebiecitas y la prima, con quiénes me entiendo muy bien desde aquí . . . ¿Pero con cual de ellas . . . ? Las tres responden á mi lenguaje mímico . . . Muy blanca y muy rubia, la primera. De pelo castaño y atormentadora tez tostada, la segunda. Blanca, de pelo obscuro, la tercera. Muy distinguidas las tres . . . Muy vivas . . . Muy graciosas . . . Muy temibles . . . Muy de la *haute* las tres . . . Pero son muy chicas para mí . . . ¿Muy chicas . . . ? La menor, al menos . . . De catorce á dieciseis años, ellas; mientras yo debiera ya ser padre . . . Pero ellas me hacen feliz y no creo serles desagradable . . . Cuando al volver del trabajo, casi muerto á veces, las veo agitarse en el bello balcón estilo

veneciano, siento pasar por mi alma el alma de la Primavera . . .

. . . .

. . . Sobre la moldura de mi ventana, mis hijitos pían . . . Si no los tengo, ¿por qué no he de llamarles así, siquiera con el alma, para saciar mis ansias de ternuras infinitas ? . . .

. . . Sólos, en este momento, los pobrecitos, pueden estar seguros de mi protección y mi cariño, como los pajaritos en el bosque, cerca del alma de los leones . . .

. . . Ya vienen . . . Con comidita en el pico llegan hasta ellos sus dos generadores . . . Mañana, al alba, les pondré migas de pan, para que no se dén el tormento de buscarlo . . .

. . . Recuerdo . . . Hace dos meses . . . Una tarde de plena Primavera . . . Una tarde vibrante de cantáridas . . . Yo me sentía como enfermo, sin saber por qué . . . Sentíame enamorado de todas las mujeres hermosas que veía . . . Sentíame Primavera . . . Anhelaba paraísos orientales . . . Esa tarde, de amarguara y de pasión, al volver del trabajo, los ví por vez primera á los dos pequeños novios . . . Al verlos tan chiquitos, los tomé por juguetes . . . Después ví que tenían alma . . . Que tenían sangre . . . Que tenían fuego . . .

. . . . Nada más supe de ellos . . .

. . . Ahora, al salir á flirtear con *mis nenas*, oigo el pío misericordante de sus hijitos, que quiero también que sean míos, ¡ siquiera con el alma . . . !

Leyenda real

A la memoria del doctor Miguel Cané.

Escenario: la Selva de la Vida. Arriba, el Firmamento, en su plenitud suave de vergel diamantino; abajo, la Noche, levemente desentenebrecida por la fulguración sideral. Por los caminos solitarios de la Selva vagaba un sacerdote lírico (un Poéta), un Hermano de los Hombres (un Filósofo), predicando el amor á los profanos. A veces se internaba en las cavernas profundas . . . Y en cierta ocasión fuéle anunciado por una maga que por el Firmamento cruzaría una exhalación venida de muy lejos, — dualidad excélsa de la Virgen y del Niño, — más hermosa que todas las estrellas. Y esperó . . . Pero como su sacerdocio imponíale apresurar sus peroraciones, penetró por largo tiempo en las cavernas. Entónces . . ., ¡oh perpétua esquivez de lo anhelado!, la estrella fugaz pasó varias veces por el cenit de las constelaciones . . . Y una sóla vez pudo verla, todo emocionado, casi silencioso . . . Y desde ese instante sus perpétuas auroras tienen un aire más angelical . . .

Huerto de la penitencia

—.—

A la memoria de Bartolito Mitre.

. . . El Cenít y el Nadír, — la Cumbre y el Abismo, — la Estrella y el Fango, — el Sol y la Tiniebla, — el Cielo y el Infierno, — Dios y Satán, — Jesús y Adán, — María y Eva: ¡tal es la organización sideral y mística del Universo!

. . . Allá en el comienzo de Nuestro Camino, cuando sólo dos séres formaban la Humanidad, de lo Alto fuimos precipitados, y hácia lo Alto retornamos: ¡el Alma y el Destino ondean como las olas! . . . Pero para no sumerjirnos perpétuamente, ó para levantarnos definitivamente, — en este irremediable tropiezo de la Vida, — es preciso que la luz divina de Jesús penetre en el alma de Magdala y que el alma de Adán ascienda fervorosamente hasta el trono purísimo y sagrado de María . . . !

——

El Amor, el Dolor y la Muerte...

Al alma de Wagner.

. . . ¡El Amor, el Dolor y la Muerte! ¡Trilogía trágica y sagrada, principio y fin de los corazones inconmensurables! . . .

. . . ¡Himno primaveral del Amor!

¡Himno pavoroso del Dolor!

¡Himno fúnebre de la Muerte! . . .

. . . El amor divino es ingénuamente místico. El amante habla en la más fulgente y bella y serena estrella de la Tarde, á la amada ausente: ¡símbolo inmaculado de eternidad y de misterio! Y dialoga con las flores que fueron *sus flores.* Y adora la tierra que Ella pisó . . . Y el Universo entero se sublimiza, ¡por que es Ella el centro de las constelaciones, de las almas y del mundo! ¡Y la vida rie! ¡Oh dulce martirio . . .! . . .

. . . El dolor es el monstruo tormentoso, centinela del Odio y la Agonía. Su reinado es la Noche. ¡Las almas se asfixian bajo sus garras! Quienes sigan amando, habiendo sido ya olvidados, ¡núnca saldrán del limbo á que los condenaran los contrastes del Destino! . . .

. . . La Muerte es el acicate de los grandes amores ¡Con ella, con la Invencible, con la Implacable, con la Inconmo-

vible, se encaran los amantes sublimes, como leones heroicos lanceados en el corazón, cuando la vida de su tierna amada está en peligro . . . ! Y cuando la Implacable triunfa, rompiendo el equilibrio de un amor único, ¡ la misma corriente lúgubre arrastra al Romeo inconsolable ! La vida es demasiado frágil para aprisionar un alma huérfana . . .

. . . ¡ Oh, Amor !

¡ Oh, Dolor !

¡ Oh, Muerte !

¡ Angulos del Triángulo Universal, entre cuyas redes rígidas vuela agitada el alma, delirando primaveralmente en su vértice triunfante, y retorciéndose herida y extinguiéndose en su base tenebrosa ! . . .

Los días grises

Al alma de Verlaine.

. . . .

. . . .

. . . Una voz armoniosa se elevó de la Selva, como una ondulación de inciensos. Y esa voz dijo:

Adoro misticamente los días grises . . . Esos días grises, en que la Creación entera musita una plegaria silenciosa, que sólo las almas la comprenden . . . Días de honda religiosidad, en que el canto armonioso de los pájaros se aterciopela de misterio, sugiriendo la aleluya sagrada de los ángeles . . . Días sagrados, en que anhelamos cosas inexplicables é infinitas, y sentimos la nostalgia de los días ya lejanos de la infancia, y evocamos los meses pasados en el campo, y deseamos caminar, quién sabe hácia dónde, por un sendero que no sé qué tiene de profético, no sé qué de siberiano, de inmortal no sé qué, — por un sendero dulce y triste y eterno, que allá en el horizonte parece amalgamarse con el cielo, hundiéndose en un mundo de ensueños sacrosantos . . . Días de dicha enfermiza, en que deseamos morir, salir del mundo, vivir sin consuelo de vida dulcificante de las lágrimas; llorar, llorar todos nuestros dolores acumulados,

que en los días de sol, en los días azules, parécenos haberlos olvidado para siempre . . . ; convertirnos en alma, ser una paloma, gris como el cielo soñador, gris y casta como las perlas inefables, y volar siempre, cada vez más alto, desaparecer en el cielo y encontrar á la casta virgen que adoramos, allá en quién sabe qué mundos de misterio . . .

. . . .

. . . .

Pesadilla bíblico-pagana

A Mardoqueo Contreras.

Dormía . . . (*Y démonos el coraje de reflexionar que el Sueño se parece á la Muerte, por que nos olvidamos de la Vida. . . . : de nuestra amada, de nuestros padres, de nuestros amigos, de nuestros hermanos, de nuestros enemigos; ¡y también de los que sufren . . . !*)

Dormía . . . (*¡Qué espantoso delirio sabrá desencadenarse de la humanidad opuesta al Día, en esa incontenida tempestad que de los cerebros se levanta, bajo el silencio sagrado de la Noche, mientras los ojos están tranquilamente cerrados como tumbas . . . ?*).

Dormía . . . (*Cuando mucho se goza, es lamentable dormir; cuando mucho se sufre, es preferible estar semimuerto . . . ¿No es verdad, amantes? ¡Consoláos, desgraciados!*).

Dormía . . . (*¡Ah . . . ! ¿Por qué se evapora como el humo ese mundo de los sueños, atroz é infernal, unas veces; bondadoso, angelical ó erótico, otras?*)

Dormía, y derrepente me pareció estar despierto. Derrepente me encontré sólo, en un paraje extraño, en un mundo extraño. Y me pregunté: "¿Dónde estoy? Y mi amada, y mis padres, y mis amigos, y mis hermanos, y mis enemigos, y los huérfanos, y los miserables, ¿dónde están . . . ?

¿Por qué está el cielo rojizo como el seno de un horno? ¿Qué significa ese círculo borroso de números romanos, semejante á un reloj monstruoso, trazado sobre esa nube negra, inmóvil en el cénit, cuyo brazo mayor se encamina á formar los semicírculos? ¿Por qué es así este crepúsculo . . .?"

Y lloré como un niño resentido. Y por un momento me olvidé de todo, enceguecido por el sombrío delirio de mi llanto . . .

Y un oleaje jubiloso de voces primaverales, venido de tras de la fronda vecina, trájome á la realidad circundante. Y me sentí consolado por la proximidad de séres humanos. Y oí que las voces primaverales decían:

¡Gocemos! ¡Gocemos, que el Juicio Final está yá próximo! . . .

Entónces, ¡ah! casi me desmayé, como la madre que recibe la noticia de la muerte de un hijo; y me acordé con desesperación de los míos; y me pareció ver interiormente que en formidable tempestad de pesadilla se abrían las tumbas y las fosas comunes, y que adquiriendo los huesos y las cenizas nueva vida semi-corpórea, subían á los cielos en confusa legión mil veces innunerable, hormigueando con la abrumadora monotonía de una nube de langostas. . .

¡Josafah! ¡Valle de Josafah!, — mormuré consternado, recordando la visión sin retorno de los Campos Eliséos, que en mi niñez mi pobre madre me enseñara. Y volví á preguntarme: "¿Dónde están mis padres, y mi novia, y mis hermanos, y mis amigos? Todos esos séres queridos que llenan los sueños de mi vida, ¿dónde están? ¿Estarán ya reunidos

con mis hermanitos muertos? ¿Volveré á verlos algún día . . . ?"

¡Ah!, yo estaba como loco . . . Y en pocos segundos recorrí mi vida, viéndome pasar desde que era muy chico, cuando jugaba con mi sombra creyéndola otra persona . . . Y me sentí huérfano, en la desolación inmensa de la tierra . . .

Y las voces primaverales llegaron otra vez. Profundamente triste, encaminéme hácia el parque. Y en el parque pululaba la fragancia electrizante de las prendas de una dama. Y esa fragancia dispensóme su blonda caricia ensoñadora. Y mi tristeza disipóse, como las profundas sombras al alzar su luz la Aurora. Y en el extremo opuesto me encontré frente á un serrallo. Y el gran serrallo, blanco, todo blanco, todo de mármol; y los cisnes del lago, blancos, todo blancos, como de nieve; y las doncellas rientes, blancas, primorosamente blancas, como los jazmines; y los gentiles mancebos de faz caucásica; y las aguas del lago, duplicando borrosamente la fronda, y hasta la fronda esmeraldina, estaban matizados de rosa, de un rosa auroral, de un rosa olímpico . . . Y los cisnes moribundos entonaban un himno neroniano, y los sútiles mármoles contaminábanse de lujuria, y un juvenil perfume carnal embriagaba la Naturaleza . . .

"¡Gocemos! ¡Gocemos, que
la muerte pronto á nos reducirá á ceniza . . . !"

. . . deliraban arrobadas las doncellas, abandonando á los faunos sus senos perfumados, sus albicas

gargantas, sus labios purpurinos, sus fébridas mejillas, sus ojos voluptuosos . . .

"¡Gocemos! ¡Gocemos! ¡Inmortal sea vuestra belleza! ¡Benditos sean los dioses, que os hicieron tan bellas . . .!

deliraban los mancebos, enloquecidos por el deseo . . .

Y el cielo sodómico ahondaba su pavoroso enigma. Y el gran reloj, misterioso y fantástico, clavado en el cenít, marchaba serenamente hácia la Hora Final . . . Iban á ser ya las seis de la tarde de aquel día terrible y formidable . . .

Mientras yo miraba maravillado y noblemente envidioso, un coro de mancebos me llamó amigablemente:

"¡Ven á gozar, hermano, que el Fin del Mundo está ya próximo . . . ! ¡Ven á gozar, que el delirio del Amor endulce la devastación inevitable de la Muerte . . .!"

. . . Olvidado de todo y de mí mismo, sonriente entré al serrallo. Una núbil se arrojó á mis brazos, entrechándome delirante entre los suyos, ¡y me enloqueció . . .! Y cuando todas mis violencias de pantera se sublevaron sobre mi víctima, ahogándola con mis besos, — rudos como zarpazos de

león, triunfantes como himnos, — me desperté fatigado . . . Me desperté en mi pobre cama, dormido sobre el lado del corazón, ¡y me encontré solo . . . !

La semi - luz del alba hacía de nuevo resucitar el Mundo. Y absorto en una fracción geométrica del cielo, concedida por la ventana de mi cuarto, traté en vano de reconstruir mi sueño, ¡la última parte de mi sueño . . . !, mil veces más hermoso que la Aurora . . .

Gritos del Desierto

Ilusión de ilusiones

A Miguel Angel Cáceres.

En hora de viriles ilusiones,
Cuando el alma se siente poderosa,
Cuando piensa llegar á la grandiosa
Conquista de fogosos corazones,

Cuando en sus misteriosas oraciones
Invoca á su ilusión esplendorosa,
En una Vénus, juvenil, graciosa,
Encarna sus más nobles afecciones.

Pero en la Vida, fatalmente, existe
La vanidad, que de desdén se viste:
¡No se brinda cariño al adorante !

Más, no por éso la ilusión se muere . . .
Si hay vanidosa que matarnos quiere,
Yerra . . . ¡el estudio es ilusión gigante!

MCMIV.

Otoño de la Duda

A Víctor Manuel Abalos.

Omnipotente es la fuerza que preside la maravillosa armonía de los átomos en el seno infinito del Espacio. Ellos forman los astros, que en amistad magnética pueblan el éter con sublimes centelleos de luz; ellos forman las montañas, cuya grandiosa palpitación de vida es el corazón de fuego que en sus entrañas late; ellos forman la mujer, — la flor más hermosa de las flores, por que tiene un alma capaz de sentimientos purísimos de ángel. . . . cuando sabe amar.

MCMIV

Simun de la Negación!

A Max Nordau.

El Amor, que es propio de las fuerzas mismas que armonizan la materia, vá disminuyendo en el Hombre, — la mayor perfección viviente, — á medida que en el mismo se entroniza el "formulismo convencional". El amor no se somete á la fría reflexión volitiva . . . : ¡desaparecerá fatalmente en el Hombre y quedará latente en las espécies intelectualmente ínfimas y en el corazón de lava de los mundos . . . !

MCMIV

La víspera del destierro

A Héctor Aliaga Rueda.

. . . Flores, aves, niñas, sonrisas, Empíreos y Primaveras, para otros; para mi la Noche; la Indiferencia; el Dolor; ¡las borrascas revolviendo en formidable turbión de desesperaciones . . . ¡más negras que el Infinito y más eternas que la Eternidad!, ésto que por sarcástica aberración se llama mi existencia . . .!

La Ilusión, para aquéllos . . .; ¡para mi, la Sombra . . .! (Empero; séres que amáis á Dios; no me llaméis cobarde, por que me veáis buscar la vida en las tinieblas . . . : ¡la borrasca busca su complemento en lo tenebroso, para formar el corazón malvado de la Noche. . .!). Y tú, Angel, Ave, Sonrisa, Flor, Ilusión, Empíreo, Primavera, Luz . . .. — ¡lo casto, lo bueno, lo tierno!, no engendres núnca sombra en el corazón de un *preocupado* . . .

Primavera MCMV.

Desde el abismo

A mi hermano Juan Alejandro.

. . . Cuenta una leyenda del Siglo, — de este tumultuoso Siglo de las Multitudes, de esta dolorosa Era de los Héroes del Pensamiento, consumidos en la penumbra de ilusiones tardíamente realizables, — que en uno de los rincones más apartados del Valle de la Vida, bajo una negra noche de densidad tormentosa, meditaba tristemente un Luchador. De pronto iluminó su mundo la presencia de una Heroina. Pero ese rayo de Luz fué sólo una exalación fugaz . . . Y mientras la Heroina, ¡Flecha Radiante, dominadora de la Noche!, desaparecía sutilmente, dejando envuelto en sombras el Valle, el Luchador murmuró llorando, llorando sin lágrimas, llorando con el Corazón y con el Alma:

> ¿Qué fuerza fatal, ¡maldita ó divina!, me obliga á compadecer á los que sufren? No sé . . . Sólo sé que el Dolor Humano me duele, ¡por que me lo dicen mis entrañas insondables! Y á la mitigación del Dolor me encamino . . . ¿Pero qué soy yo? ¿*Qué* ha sido, ¡nunca!, el hombre abnegado defensor eterno de la Verdad y el Bien, cuando le ha faltado el sagrado manantial de la compañía de una adorable Super-Eva?

. . . Podría bastarme tu recuerdo. . . . pero tu recuerdo no me basta: ¡mi alma ha sufrido demasiado y necesita ser acojida! Mi alma ha sufrido demasiado . . .: por éso necesito el aliento de tu espíritu! ¡Necesito tu aliento, para no desfallecer! ¡Necesito tu aliento, por que tu alma y tu sér tienen sobre mi sér el poder del sol sobre la semilla! ¡Necesito tu aliento, por que tu sér y tu espíritu son un himno omnipotente, más levantador que las cumbres gigantescas, que las nubes hiperbóreas, que las rimas desbordadas, que la ascensión desenfrenada de la Música! ¡Necesito sufrir menos, para más duraderamente luchar por los que sufren . . .!

¡Ilumina eternamente mi camino, Exalación Divina! ¡Escucha mi desesperación silenciosa y prisionera, Aurora Primaveral, Ilusión Heroica, Alma de la venidera Super-Humanidad! . . .

Otoño MCMVII.

El último éco

A la juventud intelectual de América.

. . . ¿Es un Aguila, un León ó un Poéta? Dificil precisar su sombra . . . Sus contornos se confunden entre los resplandores de la Aurora . . . Melancólico y jadeante, vá ascendiendo la Montaña. ¿La del Calvario, acaso? No, probablemente . . . ¿Huye de la Noche ó se encamina hácia la Luz? Imposible saberlo . . . ¿Persigue una visión ó retrocede espantado? Probablemente, lo primero . . . Como un monstruo apocaliptico, la Noche se ha detenido frente al radiante pórtico del Día . . . Oyense crugir debajo del horizonte sus mandíbulas malditas, anhelosas de vidas, y del plafón rosado de la Aurora, del Cielo acaso, — no ya como una amenaza, sinó como una salvación, — llega el murmullo de la dulce sinfonía de los clarines de la Muerte . . . Entre esas dos resonancias opuestas, tenebrosa la una, luminosa la otra, el Héroe de esta leyenda detiénese conmovido. Y como una plegaria, como un llanto ó como un himno, lanza al viento radiante de la Aurora los gritos de su espíritu . . .

. . . ¿Dónde estoy . . .? ¡Ah!, es ya de día...
¿Es, por ventura, un sueño mi libertad? ¡Sombras
malditas!, ¿me perseguís todavía . . . ? . . . ¡Ya

no me responden . . .! ¡Divina luz del Día, bendita y alabada seas! . . . ¡Ah, Noche, tú no eres más que una palabra . . .!

. . . .

¡Tinieblas: recluíos en vuestro antro! ¡Me habéis robado ya suficientemente la vida. . .! ¡Dos lustros de combate continuado, de lucha sin cuartel, en plena juventud . . ., implacable siempre, siempre incejante, me extenuásteis sin doblarme . . .! ¡Bien puedo arrojaros ahora mi grito de menosprecio . . .!

. . . .

¡Niñas suaves, niñas hermosas, niñas buenas, niñas primaverales, que os eleváis como símbolos inmortales y puros sobre el humilde palacio de este Poéma, benditas seáis por los siglos de los siglos! ¡Vuestra luz primaveralizó mi espíritu! . . .Cuando ya me creía sepultado para siempre, en años ya lejanos, sucesivamente fuisteis abrevando mi sed de combatiente, en mis rolándicas batallas por el mundo . . .! Como la más honda y más justa retribución de quién á vosotras debe la esencia auroral de su energía, aceptad la humilde flor de los de estos poémas!

¡Musa de mis Musas; ángel sagrado que ya no vives esta vida; Virgen entre todas las Virgenes; *Regina Æterna;* niña divina, la más dulce y más pura de las niñas; simbolo eterno de dulzura y de candor, celestial princesita, ilusión de mis ilusiones, que [illegible]

acompañarás hasta la muerte: protege eternamente mi sendero . . . !

¡Sombra armoniosa de los Génios, sombra radiante de los Próceres: infundidme vuestro vigor olímpico, para alzar hasta los astros, para llevar hasta las almas, la palabra divina y luminosa que olimpifica y ennoblece al Hombre! . . . .

Primavera MCMXII.

Erratas notables

Página	Linea	Dice	Debe decir
9	19	espelaznante	espeluznante
10	12	belleza	nobleza
42	7	la salvage.	al salvage
47	19	absorviendo	absorbiendo

INDICE

TEMPLO DE LAS MUSAS

RUMORES DE LA SELVA

GRITOS DEL DESIERTO